

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, FEBRERO 20 DE 1898.

NUMERO 8.



En Carnaval.

POR VILLASANA

LA SEMANA.

El Carnaval ha muerto, y los restos de aquel cuerpo sano, joven, lleno de vida y de movimiento, nadan hoy en la sanies de una descomposición repugnante y lamentable. Allí donde se enlazaban las guirnaldas y sonaban los cascabeles, pululan hoy los gusanos; los disipados perfumes son hoy miasmas y el Carnaval como Nana ha muerto de esa viruela que se llama *encanallamiento*.

Hace años, muchos por desgracia, el Carnaval era una tregua á las monotonías y á las austeridades de la vida. Los hombres serios y las mujeres honradas lo esperaban con ansia, como los niños la hora de recreación, para esperezarse, para desentumecerse de las rijideces de actitud que impone la vida social, para charlar en voz alta, para reír á carcajadas, para hablar un lenguaje más espiritual, más picante, más impregnado de verba y de chispa, para censurar vicios y satirizar ridiculeces, para esparcirse, en suma, dentro de una libertad mayor de acción y de pensamiento, pero en los límites del decoro y del bien parecer.

En aquellos buenos tiempos, quien organizaba y daba brillo á la fiesta eran las clases altas y medias, los hombres cultos y puleros y las mujeres castas é intachables. Toda la juventud mundana y también toda la madurez, se disfrazaba, bailaba, reía y cantaba; al abrigo de la careta se hacían bromas; se preparaban farsas, se daban cargas; gozaba la vista con las extravagancias de los trajes, con el lujo ó el buen gusto de los atavíos, gozaba el oído con los ecos de cantos y músicas, gozaba el cuerpo con las cadencias del baile y gozaban el espíritu y el corazón con los rasgos de ingenio, con la sátira fina y acerada, con la salida de tono, con la broma y la guasa generales.

De improviso se presentaba en una casa un grupo alegre y bullicioso de máscaras, música á la cabeza y provistas de pastelillos y de un cesto de champagne, y la invadían, inundándola de regocijo con su algazara. El jefe de la banda se daba á conocer al jefe de la familia y salía garante de la intachable corrección de su séquito; se guardaba escrupuloso secreto respecto á la personalidad de los invasores, y momentos después todos bailaban, reían y brincaban.

Las fiestas públicas tenían tres etapas: Bucareli, el Zócalo y el Teatro. Desde las tres de la tarde una multitud ansiosa de gozar y sedienta de emociones, invadía las avenidas de Plateros y San Francisco, el costado de la Alameda y el paseo de Bucareli. Una interminable fila de carruajes recorría casi al paso ese largo trayecto. Elegantes landaus enflorados, ligeras victorias y hasta pesados carros encintados y decorados con profusión, circulaban atestados de máscaras multicolores que llenaban el espacio con su bullicio y su algazara, con sus músicas, sus ramilletes de flores y sus granizadas de dulces. De coche á coche se entablaban diálogos, se discreteaba con las damas, se bromeaba con los caballeros, se entablaban combates de flores y dulces y en medio de aquel desorden reinaba la más completa y envidiable corrección.

* *

Por la noche en el zócalo y el teatro, no eran menores la animación y el contento. En el teatro la fiesta culminaba. La vasta nave chispeaba de luz entre las guirnaldas y los ramilletes, el patio y el foro formaban un vasto salón de baile, una magnífica orquesta en cuyos pupitres bailaba sentado el negro Delgado, acometía valsos, polkas y sobre todo danzas habaneras, vibrantes, sonoras, bulliciosas, ó bien lánguidas y voluptuosas que hacían bailar hasta las figuras pintadas del decorado.

El desfile de las comparsas era encantador y á veces de efecto mágico. Recuerdo una de Penitentes negros, cirio en mano, cubiertos de fúnebres capuchones y conduciendo un féretro negro galoneado de plata al son de una música de responso. En medio de la sorpresa del público desfilan grave y acompasadamente, ofician no sé qué ceremonia de fantasía, y depositan la caja mortuoria. Derepente el féretro se abre, y de su seno se escapan en bandadas blancas palomas que ávidas de luz y de espacio revolotean largo rato por todo el salón á los acordes del himno nacional. Aquella comparsa simbolizaba la exclaustación de las monjas, devueltas á la luz, al aire libre, á la vida y á la libertad, por el empuje de la idea liberal y el sacudimiento volcánico de La Reforma.

Se hacía política, también, como se ve, en el carnaval. Comparsas de galleros, de estudiantes con bandurrias y panderos, de rorros y niferas y otras mil, daban al espectáculo un brillo inusitado y una indescriptible animación.

Pasada la media noche un formidable grito de abajo caretas, hacía caer todos los antifaces y era delicioso reconocer entre las damas á las más distinguidas de la sociedad y entre los caballeros á lo selecto y granado del mundo de la política, de la banca, de la aristocracia y de las letras.

Con la invasión francesa, el carnaval comenzó á degenerar; era una fiesta y se transformó en una orgía.

Antes asistían la dama y el caballero y hoy concurren la cortesana y el perdulario; se iba á bailar, á reír, á bromear; hoy se va á beber, á reñir y á prostituirse; antes la regla era el chiste fino y la sátira delicada, hoy la regla es el insulto soez y la palabra obscena.

Y tan es verdad que esa prostitución y ese encallamiento son la causa de la decadencia del carnaval, que allí donde se han conservado las tradiciones del decoro y de la buena sociedad, como en Mérida, el carnaval aún agita sus cascabeles y pasa esparciendo flores y goces.

Es lástima que ya no podamos decente y delicadamente aquí disfrutar de esas horas de inocente libertad y de inofensiva expansión. Es más sensible acaso perder un placer viejo que adquirir un dolor nuevo.

* *

Consolémonos de la pérdida del Carnaval con la creación del nuevo teatro de «El Renacimiento.» Parece, en efecto, que esa creación es ya un hecho y que frente al monopolio de los hermanos Arcaraz se alza amenazadora la competencia de un nuevo coliseo. Bienvenida sea esa redención si lo es. Pero ocurre preguntar: ¿Son teatros los que nos faltan? ¿debe atribuirse al monopolio, odioso como todos, pero legítimo, de los teatros, la decadencia del arte en México? ¿Qué es lo que nos falta, teatros, empresarios, compañías, buen gusto ó público?

That is the question. El problema es complejo y yo creo que el factor menos importante de esa decadencia es el teatro mismo. Díganlo si no los suntuosos coliseos de San Luis y Guanajuato, inocupados, cerrados y muertos. Puede ser que falten buenos empresarios. Sieni, convertido de Vestal del drama lírico en México en modesto hostelero de Orizaba, tendería á demostrarlo y la falta de empresario pudiera reconocer por origen la carencia de público ó de buen gusto del público, que á tanto equivale. En este caso lo que necesitamos no es un nuevo teatro sino un nuevo público. Compañías no faltarían pagándolas, y puede muy bien suceder que la actual decadencia quedara explicada no por falta de teatros, compañías, empresarios, buen gusto y público, sino por sobra de la guerra de Cuba y de puntos de baja en el cambio.

¿Los constructores de «El Renacimiento» piensan constituirse en empresarios y de un modo permanente? En ese caso pronóstico á breve plazo una fusión con el sindicato Arcaraz. Si traen compañía, auguro una buena temporada y luego clausura ó fusión.

Pero los empresarios de «El Renacimiento» deben conocer sus negocios mejor que yo mismo y acaso nos reserven alguna sorpresa capaz de llenar sus arcas y de llenarnos de regocijo. Así se los deseamos.

* *

Lo que ya empieza no á renacer, pero sí á nacer, son las huelgas. Los obreros de «La Colmena» y «Barron» se han armado en corso contra sus patrones y enarbolado la bandera negra de una huelga que, como todas, se saldará con notables pérdidas de uno y otro lado. Las huelgas son como las victorias de Pirro, suelen dejar al vencedor tan aniquilado como al vencido.

Puede sin embargo presagiarse que la mejor parte la llevarán los obreros. Quien vive, como los nuestros, de nada, puede contentarse con poco, y para nada necesita del salario quien está habituado, como nuestros trabajadores, á privación voluntaria y crónica de todo y á ayuno de por vida. Los patrones europeos tienen contra los huelguistas un aliado poderoso; el estómago de los obreros que pide kilos de carne, libras de pan y litros de vino y por consiguiente alto y puntual salario. Nosotros no estamos en ese caso y podemos apostar doble á sencillo, á

que los ochocientos rebeldes de Tlalnepantla han encontrado ya hospitalidad árabe con casa, vestido, sustento y algo más, en casa de ochocientos compadres, comadres, parientes, amigos y personas de estimación de cuya asistencia no carece en México ningún obrero ó trabajador de ningún giro ó industria.

Desde la cabaña del compadre, y tortilla en mano, pueden los extrabajadores hacer un palmo de narices á sus patrones durante varios meses y hasta tomar algunas *medidas* por el progreso de la industria nacional.

Tan cierto es esto, que hay toda una clase en la Capital, (la de la servidumbre doméstica), que vive en huelga permanente, que impone al capricho sus condiciones, á la que no hemos podido jamás someter por hambre y ante cuyas exigencias y vicios, doblamos resignados la cabeza. Y cuenta que esta simpática é interesante clase social, significa más, mucho más, que los ochocientos tipos de La Colmena y Barron.

Con que ¡guarda el León! señores patrones.

* *

Quien necesita un renacimiento en toda regla es Santa Fé, asolada por un tornado después de consternada por una explosión. Ese simpático pueblecito que en años anteriores se consagró á una activa propaganda del derecho sagrado de la propiedad, haciéndolo predicar de palabra y de obra, en montes, caminos y encrucijadas por grupos de apóstoles montados y armados, no bien vuelve á la vida privada y se retira, por ministerio de las fuerzas rurales, á sus cuarteles de invierno, ve desatarse contra él la cólera divina un poco tardía y extemporánea, es verdad, pero severa y enérgica como siempre.

Ciertamente que no es generoso ensañarse contra el león caduco, ni vale la pena de castigar al lobo en cabeza del cordero. Santa Fé ha modificado sus antiguas tendencias, prescindido de hábitos inveterados y con que la imitara San Juanico, ya serían dos las aldeas magdalenas, dignas de toda consideración y respeto. Y á propósito ¿porqué no soplarán tornados en San Juanico ya que las explosiones de pólvora no son posibles por falta de materia prima?

Más vale que no soplen, ya que la policía ha hecho encontrar á San Juanico su camino de Damasco.

López I.

Política General.

RESUMEN.—LA AGITACIÓN EN FRANCIA.—ZOLA EN MEDIO DE LA TORMENTA.—UN HOMBRE CONTRA UN PUEBLO.—LOS DOS PROCESOS.—LA REACCIÓN MONÁRQUICA.—QUÉ HAY ENTRE BASTIDORES.—ESTABILIDAD DE LA REPÚBLICA.—LA REPÚBLICA MAYOR DE CENTRO AMÉRICA.—EL SALVADOR SE SEPARA.—CÓMO SE CONSTITUYEN LOS GRANDES PUEBLOS.—ALEMANIA Y LA AMÉRICA CENTRAL.—CONCLUSIÓN.

Todavía palpita, con interés creciente y con todas las explosiones arrebatadas del espíritu latino, el asunto que en estos últimos días ha preocupado al pueblo francés. La figura apocalíptica de Zola se yerge en medio de la tormenta, azotada la frente con furias de huracanes y conmovida toda con rachas de pasión.

La marea crece, los espumarajos amargos del oleaje manchan á personalidades hoy conspicuas; se oye el galopar de los corceles, el crugir de los sables y las imprecaciones de los soldados; el ejército, columna firmísima en que se apoya el andamiaje de la República, esperanza en que confía la Francia moderna, se cree humillado, se considera injuriado por la falta de cualquiera de sus miembros, y por eso se agita reclamando sus fueros; el Gobierno, apoyado más que todo en la verdad legal, aferrado á las decisiones de los Consejos de Guerra que juzgaron á Dreyfus y á Estehrazy, revolviendo la vieja doctrina de la *cosa juzgada*, muéstrase manifiestamente inclinado á impedir que se revise el proceso de traición, instruido contra el oficial de artillería, sobre el cual ha caído con pesadumbre inmensa la maldición del pueblo. Entre tanto, allá en la solitaria Isla del Diablo, en las insalubres tierras de la Guayana, el réprobo, el proscrito, el infeliz Dreyfus, se revuelve en su jaula de hierro como fiera salvaje, acaso sintiendo en su espíritu entenebrecido,

cómo se levantan las sombras dantescas del odio, cómo fermentan las amargas heces del rencor, cómo se retuercen las sierpes venenosas de la desesperación, y cómo se hunde él, muerto y enterrado en vida, en las tinieblas oscuras del infierno á que lo han condenado.

Si pudiéramos penetrar en el abismo de ese espíritu; si pudiéramos sorprender el secreto de esa alma; si pudiéramos obtener la explicación clara de aquellas lágrimas candentes que derramó Dreyfus en el acto solemne y terrible de su degradación, y saber qué significaban, si la desesperación de la inocencia marcada con el *inri* del réprobo, ó la rabia de la impotencia del hombre criminal, de la bestia irsuta, sorprendida en su guarida y detenida en su empresa de odio y de venganza. . . . ¡cómo se alumbrarían esas luchas entre el acusado que quiere declaraciones y los testigos que callan; entre los jueces inexorables que defienden sus procedimientos con la *razón de Estado*, y los defensores hambrientos que piden, como Goethe en sus últimos momentos, ¡luz, mucha luz! para alumbrar todas las sombras, para descender todos los velos, para explicar todos los misterios, aunque resultaran descubiertos secretos que se quieren guardar ocultos!

* *

Por eso es grande y majestuosa en estos momentos de crisis la figura de Emilio Zola, ante el jurado que lo juzga por ultrajes al ejército, á la justicia y á algunas personalidades del Estado.

En medio de la deshecha tempestad, ha levantado muy alta su frente de pensador, y con la mirada altanera del águila que se remonta para ver de frente el sol, desafía las iras populares y sostiene ante el tribunal su tremenda acusación, pidiendo á la justicia nacional de Francia, no la absolución de los culpables, sino la revisión del famoso proceso, que hace tres años tiene á un hombre encerrado en una jaula como si fuera el criminal más miserable de la tierra.

Aún no se pronuncia el fallo. El mundo entero está pendiente de la actitud de los jueces, y sigue con inquietud siempre creciente las peripecias, los incidentes y los más pequeños detalles del proceso. Todos están suspensos de los labios que han de absolver ó condenar al gran acusador que hoy responde de sus actos con toda energía, con la entereza de un gran carácter.

Algo se ha podido vislumbrar durante las audiencias sobre el proceso de Dreyfus instruido en el más riguroso secreto; algún rayo de luz ha penetrado en las conciencias, pues se ha visto al pueblo tornadizo de París calmar á las veces sus furiosos ímpetus y asistir tranquilo y reposado á las audiencias. Pero como si alguien se complaciera en arrojar combustible á aquella hornaza, como si alguno gozara con la efervescencia popular y la agitación de los espíritus caldeados al rojo blanco, miranse de nuevo levantarse las llamas rojas de la pública indignación, se oyen los gritos destemplados del ciego populacho, que vomita injurias sobre Zola, y los espumarajos de la rabia de los arrabales salpican la frente del gran novelador.

* *

¿Qué cosa habrá detrás de estas escenas que juzgamos casi indignas de la ciudad-luz? cuál será el aliento que sopla sobre esa hoguera para producir llamaradas de incendio? cuál la mano oculta que siembra odios, agita rencores y provoca esas fermentaciones que sacuden en sus cimientos la República Francesa? . . .

A la vista está la actitud enérgica del gabinete que preside M. Méline, y se palpa su firme decisión de mantener incólume el decoro del ejército, la honorabilidad de los tribunales militares, y por ende el prestigio de la nación, trabajosa pero victoriosamente alcanzado en veintiocho años de la improba tarea de reconstruir toda una patria.

Se ha hablado también de un poderoso sindicato judío, constituido con el exclusivo objeto de rehabilitar al proscrito de la Isla del Diablo. El oro semita ha corrido á raudales, se ha derramado á cataratas, y en él, se dice, se ha ahogado más de una reputación. Se han comprado conciencias, se han cotizado opiniones, y los mismos apóstoles de la opinión pública, los que se envuelven en la toga de la *sagrada misión*, se han puesto en venta para defender convicciones que no se sienten, para manejar el sofisma, para es-

grimir la diatriba, y con pomposo aparato defender á un miembro de la sinagoga y librarlo del infamante estigma con que la justicia de un tribunal marcó su frente, y en tres años de silencio recibió la sanción del país.

Hay, además, la voz de los que reclaman la revisión del proceso de Dreyfus en nombre de la justicia. «Si Dreyfus es culpable del nefando crimen de que se le acusa, debió, según los Códigos, y por el prestigio del ejército, ser condenado á muerte; si las pruebas en su contra no resultaron bastante evidentes para hacerlo merecedor de un castigo irreparable, entonces, por el mismo prestigio del ejército, debe revisarse el proceso.»— Así se expresan los defensores del infeliz traidor.

¿Por qué han callado durante tres años? ¿Por qué sólo se han oído en este tiempo los lamentos lastimeros de la víctima que á nadie conmovían y no han levantado eco más que en el desolado corazón de los suyos? ¿Por qué tarda tanto tiempo en organizarse una defensa que ha de provocar universal conmoción en los espíritus?

Es que, acaso, como otra vez lo hemos dicho, hay algo secreto entre bastidores, algo que interesa á la seguridad de la República; y por más que todavía no salga á la superficie, creemos que en el fondo de toda esta tragedia se revuelven los intereses de una reacción monárquica. Quizá se pretende con este escándalo, en el que están fijadas las miradas de todo el mundo civilizado, arrojar una mancha sobre el manto immaculado de la República para iniciar la vuelta de los Orleans, que tienen en sus manos el prestigio de la monarquía histórica, junto con los recuerdos de la monarquía constitucional, y tal vez pudieran adquirir hasta la alianza de la fracción bonapartista.

Inútiles esfuerzos: la República que resistió á las infidencias que en nombre del Conde de Chambord la amenazaron en su primer período, á los escándalos de Wilson que hicieron rodar al honorable Grévy, por más que estuviera limpio de las salpicaduras de ese lodazal, á la agitación cancanesca del General Boulanger, rodeado con aureolas efímeras y aclamado por turbas de *vaudeville*, y á la sucia marejada del Panamá en cuyas ondas infectas se sumergieron nombres y se mancharon prestigios. . . . la República resistirá ahora, como en los pasados días. Tiene en su abono y acudirán á salvarla, las glorias de Thiers y la sombra immaculada de Sadi Carnot.

* *

Así lo esperábamos. Frágiles eran los lazos que unían á las naciones centro americanas que se ligaron con el pacto de Amapala; débiles y mezquinos eran los ideales que perseguían, y faltos de esos intereses que atan á los pueblos en federaciones: por eso se han roto al primer asomo de tormenta, y se han desvanecido como las creaciones de una imaginación calenturienta.

Acaba de comunicarnos el cable, que ha quedado disuelta la República Mayor de Centro América, por la separación de El Salvador que había sido el *trait d'union* entre Honduras y Nicaragua.

Agitado constantemente el volcánico suelo centroamericano por las convulsiones políticas de intestinas discordias, y teniendo la pretendida alianza miras ocultas y manifiestas tendencias hostiles contra sus hermanos y vecinos, á la primera racha de huracán ha desaparecido.

Vanos son los esfuerzos que se hacen entre cantos de poeta y ditirambos metafísicos de demagogos, para constituir agrupaciones superiores en el orden político, y más vanos todavía cuando esas agrupaciones se constituyen ó quieren constituirse con carácter internacional.

Para erigir la gran Alemania, una, fuerte y poderosa, que desde su nacimiento brotó, como Minerva de la cabeza de Júpiter, armada y resplandeciente, se necesitó el pensamiento de Bismarck, la espada de Moltke y la energía del Rey Guillermo, obrando entre pueblos unidos por la tradición, por la historia, por intereses reales y positivos. Antes de las batallas de Sadowa y de Sedán, antes de oírse la tremenda voz de los cañones que arrebataron á Austria la hegemonía alemana y colocaron á Prusia en el catálogo de las grandes potencias, ya se habían oído por muchos años las predicaciones de los apóstoles y las palabras de los pensadores en las Academias y en las Universidades.

Pero pueblos inquietos por raza y por herencia, repletos de rivalidades y henchidos de odios entre sí, no pueden constituir una confederación

duradera si no hay una mano fuerte y vigorosa, si no hay un pensamiento noble y elevado que substituya sus inválidas agitaciones con una potente estabilidad.

La República Mayor de Centro América ha sido hasta ahora una vana utopía; no juzgamos imposible su establecimiento, pero para esto se necesitan condiciones de viabilidad de que hasta hoy no han dado muestras los pueblos centroamericanos.

X. X. X.

Enero 19 de 1898.

MEXICO PINTORESCO

Con este título ha publicado en Filadelfia, Estados Unidos, la escritora norteamericana Srita. María Robinson Wright, un libro referente á la República Mexicana. Está perfectamente impreso y engalanado con profusión de fotografías de un trabajo exquisito, que representan á los más notables personajes de la política mexicana, los edificios públicos antiguos y modernos que tienen algún interés histórico ó artístico, las bellezas naturales y las ruinas más notables del país.



Este libro según se ve en la primera página, está dedicado al señor General D Porfirio Díaz, con frases de viva simpatía y de entusiasta admiración.

La autora no ha escrito una obra de estudios de gabinete ó de referencias, sino que vino al país, recorrió las poblaciones más importantes, se penetró de cuanto atrajo su ilustrada atención y luego dió á la publicidad sus impresiones personales.

Por eso el libro tiene ese atractivo que prestan siempre las frases nacidas de la convicción, las descripciones frescas de lo que se acaba de ver, y las opiniones propias emitidas con sinceridad.

En medio de las fatigas de la activa labor periodística, apenas hemos tenido tiempo de hojear rápidamente el ejemplar que llegó á nuestras manos; y antes de estudiarlo con la atención que merece una obra de esta clase, nos apresuramos á dar cuenta de su aparición.

El interés que ha despertado en el extranjero el rápido progreso alcanzado por México en los últimos años, hace que las obras que se le consagran merezcan particular atención no solo de parte de los hombres de letras, sino de todos los que necesitan nuevos campos de acción para su comercio su industria ó su capital.

EL PROCESO DE ZOLA.

Los lectores de *El Mundo Ilustrado*, tienen ya noticias de la gran conmoción producido últimamente en Francia con motivo de haberse propalado la versión de que el ex Capitán Drèyfus, deportado por traidor á una Isla desierta, era inocente. En el público, en la prensa, en el Parlamento, se trató el asunto con calor, hasta que empezó á cundir la noticia de que todo ese movimiento lo había producido el oro de los judíos derramado á manos llenas, sin que hubiera podido sin embargo corromper á los que en la República están encargados de administrar la justicia.

Entre los que han sido acusados por la opinión de haber sido corrompidos y corruptores, figura el gran novelista Emilio Zola, que hasta hace poco tiempo era uno de los ídolos del entusiasta pueblo francés.

Del resplandeciente pedestal de su gloria cayó de improviso Zola, y el populacho indignado vociferaba pidiendo para él un castigo enérgico y ejemplar.

La autoridad se vió en la necesidad de intervenir en el asunto, y el mil veces laureado autor de *Los Rougon Macquart* fué sometido á juicio.

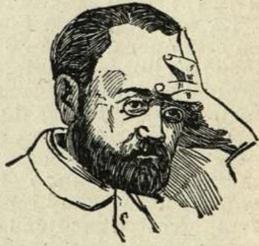
Como mientras se iniciaba este procedimiento tuvo lugar la absolución del Mayor Estherazy á quien los defensores de Drèyfus acusaban para salvar á su defensor, esta absolución acogida con entusiasmo, aplacó los furiosos populares y ya no se piensa en Zola con tanto encono como hace pocos días.

La justicia no ha pronunciado aún su última palabra sobre la culpabilidad ó la inocencia del ilustre literato.

Esperemos tranquilos ese fallo, que de seguro será la expresión de la verdad, si no real, á lo menos de la verdad legal.

Estamos concluyendo de preparar y repartiremos con nuestro último número de Febrero actual,

Una preciosa novela que se les entregará encuadrada á nuestros abonados.



Estrellas errantes

Más vale tarde que nunca. Sería necesaria toda la autoridad de este viejo proverbio, que es la misma sabiduría, para hacerme perdonar todas las cuestiones á que me entrego sin darles solución.

A propósito de la lluvia de estrellas que debió producirse el 14 de Noviembre último y habiendo sido esa noche excepcionalmente clara, los aficionados solo pudieron encontrar en lugar del ramillete de fuegos artificiales esperado, algunas llamas fugitivas, que cruzaron aquí y allá el terciopelo azul del firmamento.

Furiosos por haberse desvelado para tan poca cosa, los aficionados se apresuraron á protestar; siendo tanto más serio el hecho, cuanto que la Astronomía pasa con justo título por la más exacta de las ciencias y sus predicciones se cumplen en general, como se verifican sus cálculos, más difíciles, con una precisión matemática. Nunca telescopista alguno había visto todavía á los astros faltar á su cita regular y precisa.

¿Qué significaba, pues, esta falta, ¿qué va á ser de la Tierra, corpúsculo perdido en el desastre cósmico?

Durante doce ó quince días consecutivos, una verdadera avalancha de preguntas buscaba la clave del enigma, y no contesté á ellas porque otros cuidados menos lejanos, pero más importantes, motivaron mi negligencia.

Aunque tarde, pero manifiesto desde luego que las estrellas errantes ó exhalaciones no son estrellas propiamente dichas, sino migajas de estrellas, despojos de astros dislocados ó cometas hechos trizas, montones de cuerpecillos vagabundos, que revolotean alrededor del sol, cuya atracción les retiene y les arrastra á una distancia que varía de 3,000,000,000 á 145,000,000 de kilómetros, un inmenso y radioso arrastre anular que se extiende desde los confines del planeta Urano, hasta las vecindades de todo el sistema solar. Este cortejo emplea 33 años en hacer su revolución circular ó más bien, elíptica, siguiendo una ruta que la órbita de la Tierra debe cortar en la noche del 13 al 14 de Noviembre.

La velocidad de la Tierra en esta época, es de 30 kilómetros por segundo, en tanto que los corpúsculos meteóricos al través de los cuales pasa como una bala, son una nube de moscos que marchan en sentido contrario á razón de 42 kilómetros por segundo. En tales circunstancias es tal el calor desarrollado por el frotamiento de la atmósfera terrestre rarificada á la altura de 100 kilómetros, donde se opera generalmente el encuentro, que el asteroide se funde, se volatiliza ó se disgrega, sin dejar otra huella de su paso, que el relámpago incandescente de su fuga.

En 1866 el fenómeno se manifestó por la última vez en la plenitud de su intensidad y, por consiguiente, hasta 1899 es cuando podemos esperar volver á verlo en todo su esplendor, lo cual sucederá justamente como para festejar el centésimo aniversario de la primera observación científica que de las estrellas errantes hizo Humboldt en la América del Sur.

Sin embargo, á causa de la diseminación de los asteroides que se llaman Leónidas, porque su principal núcleo aparece en la constelación de León, la longitud del anillo brillante que forma su órbita nos permitirá siempre asistir á mediados de cada Noviembre, á una lluvia de estrellas errantes, más ó menos considerable, y á medida que se aproxime el fin de los 33 años marcados como máximo, se acentuará el fenómeno para decrecer en seguida progresivamente. Así pues, en Noviembre próximo, deberemos ver en la fecha señalada una lluvia de estrellas relativamente copiosa.

Eso, si no sucede que falten á la cita como en el año pasado, aventura enojosa para los astrónomos pero que no tiene nada de sorprendente, pues este cortejo de asteroides que ronda al sol está muy lejos de tener una densidad uniforme. Sometida á innumerables

DAMAS MEXICANAS



Sritas. Guadalupe y Concepción Muro

DE SAN LUIS POTOSÍ

Fot. Mendez Hermanos

causas de disgregación; unas constantes y otras eventuales varían de espesor en enormes proporciones. A veces la falange está compacta y á veces débil por lo que no siempre contemplamos igual espectáculo cuando la tierra pasa al través.

A veces es una lluvia de fuego y las estrellas caen tan numerosas como los copos de una tempestad de nieve; y á veces por el contrario como en Noviembre último, el paso de la tierra coincidiendo con un vacío del anillo meteórico, apenas da ocasión de distinguir algo anormal.

Pero esto no prueba nada contra la certidumbre de las predicciones astronómicas, sin contar con que todos esos movimientos están sujetos á numerosas causas de perturbaciones que no todas están comprendidas en nuestro campo de observación y que pueden ocasionar retardos é irregularidades.

En efecto, además de la atracción del sol y de la tierra, las asteroides arriesgan siempre en su curso vertiginoso á través del espacio sin límite, entrar por casualidad en la zona de atracción de otras masas siderales cuya influencia no podría ser indiferente á su evolución.

Por ese motivo sucedió que, según los cálculos de Leverrier, habiendo pasado hace mil setecientos setenta y un años, un poco cerca del planeta Urano, ocurrió trastorno tal en su marcha, que de parabólica que era su órbita se convirtió en elíptica. Nada impide que de un momento á otro se produzca á millones de leguas de nosotros, en las insondables profundidades del empireo, algún misterioso fenómeno más ó menos ecentuado de ese ó de otro género.

Todo esto no ha impedido á los eclipses, cuya venida se ha anunciado con meses y años de anticipación, cumplir honradamente su compromiso sin dar motivo para que los astrónomos se queden calvos de pensar en la causa de ninguna informalidad.

E. GAUTIER.

Un cañón en el Siglo XIV.

Ahora que el Señor General Diaz acaba de pasar una escrupulosa revista á la artillería nacional compuesta de armas de retrocarga ligeras, mortíferas, de gran alcance y de última invención, es oportuno hacer un recuerdo de lo que era un cañón hace quinientos años.

En Córsega ha descubierto últimamente el señor Monte Rossi un bellissimo ejemplar de las bocas de fuego de aquella época, al estar abriendo un pozo en terrenos de su propiedad situados en la aldea de Palasca.

Es el tipo de una culebrina, del cual existen especímenes análogos en algunos museos de armas; su forma es octagonal y el metal está enteramente oxidado. Data probablemente del siglo XIV en la época de la memorable lucha que hubo entre los corsos y los genoveses.

N. Libri, en su historia de las ciencias matemáticas, refiere que hacia el año de 1325 se fabricaban en Florencia, cañones de metal y balas de hierro. Puede ser que el cañón á que ahora nos referimos, haya sido fabricado en aquella ciudad en esa época lejana, á menos que no haya sido importado por los árabes que devastaron la Córsega y que hacia el año de 1235 hacían uso ya de esas máquinas de guerra.

Esta arma estaba provista de una especie de guiñón maciso para fijar la puntería, el cual estaba en un soporte de forma perpendicular que le servía de punto de apoyo. Un bombardero debía con ayuda de una palanca, poner la pieza en la dirección del blanco, mientras que un segundo artillero ponía con ayuda de una mecha, fuego á la pólvora esparcida en la superficie del oído.

El cañón encontrado en Palasca profundamente excavado, demuestra que se hizo de él un dilatado uso en las guerras.

La palanca actualmente abollada y torcida, hace cuerpo con el cañón, pero debió estar colocada en el prolongamiento del ánima, ó bien estar ligeramente inclinada y no doblada como se encuentra.

Esta interesante boca de fuego está en la actualidad en poder de M. F. Guidono, consejero general del Cantón de Olmi Capella.

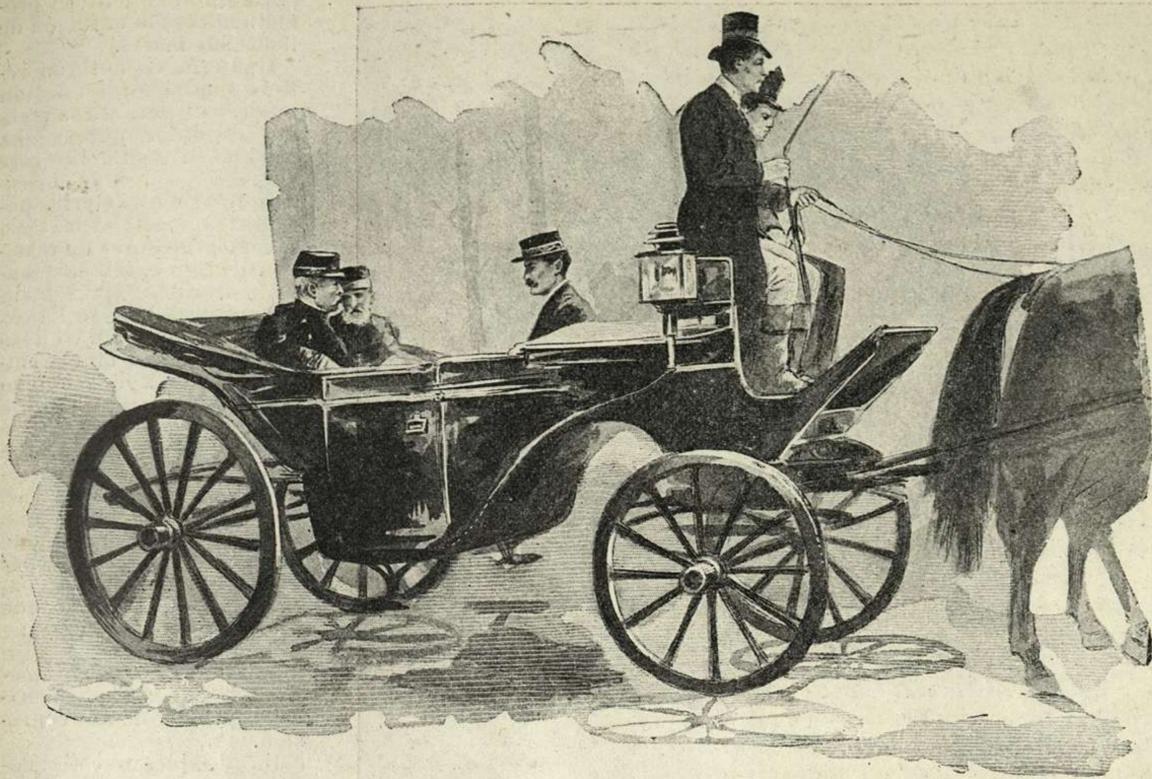
En estos tiempos de ametralladoras, cañones de Bange y fusiles de pequeño calibre, causan admiración la pesadez, lentitud en el tiro, peligro para los artilleros y grandes dificultades de toda especie que presentaban las antiguas bocas de fuego; y sin embargo, ¡qué revolución causó su empleo en la guerra, cambiando radicalmente el sistema de combate!

Por más que se hayan dirigido reproches, maldiciones é invectivas contra el inventor de la pólvora y sus sucesores, los inventores y perfeccionadores de las armas de fuego, el hecho real es que ellas mientras más destructoras y perfeccionadas, hacen menos crueles y sangrientas las guerras y sobre todo más rápidas en su desarrollo y fin.

Esto que parece paradójico se comprende con solo recordar que antes de que se descubriesen las armas de fuego, todas las batallas eran combates personales cuerpo á cuerpo.

Las últimas guerras de China y el Japón y de Grecia y Turquía, demuestran lo que la táctica moderna de combate debe al armamento perfeccionado.

En México hay también ejemplares preciosos de armas antiguas. Además de los cañones del Museo de Artillería quedan aún bocas de fuego traídas en la época colonial que tienen gran valor histórico.



EL SEÑOR GENERAL DIAZ DIRIGIÉNDOSE Á LA REVISTA—(Del natural.)

REVISTA MILITAR

El 12 del actual en la mañana, pasaron revista los Cuerpos de Artillería, Ingenieros y Ambulancia, ante un numeroso concurso de personas que se manifestaban muy complacidas de la buena organización de esta parte del ejército nacional.

Los expresados Cuerpos con sus trenes correspondientes, se situaron desde muy temprano en la Calzada de la Reforma, desde la estatua de Cuauhtemoc hasta las inmediaciones de Tacubaya.

Cada batallón de Artillería ocupaba un tramo de calzada, comenzando dicha línea en la glorieta de Cuauhtemoc, con el Primer Batallón á las órdenes del Coronel Alberto Yarza. Continuaba el segundo, mandado por su jefe el General Eugenio Rascón; en el tramo siguiente estaba el tercero, con el General Ignacio Salamanca y en el último tramo de la Reforma, el cuarto batallón á las órdenes del General Luis G. Valle.

En la nueva calzada que se ha construido para unir la Reforma con la de Tacubaya, se instalaron los trenes. Veíanse en primer término los carros de invención moderna que contienen la dotación completa para instalar en campaña la línea telegráfica, la fragua, algún puente indispensable para el violento avance de las tropas, y otro carro con los instrumentos y utensilios para los zapadores.

En seguida, 20 carros del cuerpo de Ingenieros con sus correspondientes toldos, 24 del cuerpo de Artillería, 4 guayines de la Ambulancia para el servicio de ciudad y 10 carros del mismo Cuerpo. Por último 22 carros de transportes, cerrando la línea una escolta de Gendarmes de Ejército. Las dos alas de las calzadas estaban cubiertas por las piezas de artillería, los carros del parque y los pelotones de soldados, quedando el centro libre para el tránsito de carruajes.

La Comandancia Militar ordenó que se pusiera al frente de las fuerzas el Coronel General D. Jesús S. Jiménez, Jefe del Departamento de Artillería. Su Estado Mayor se compuso así: Jefe Teniente Coronel Gilberto Luna, jefe y oficiales de órdenes, Mayor Salvador M. Zurita, Capitán 1º David de la Fuente, Capitán 2º Luis G. Barragán y Tenientes Mariano Alcérreca, Luis Hernández y Emilio Alemán.

El cuartel general se había instalado en el lado sur de la glorieta de Cuauhtemoc.

A las nueve llegó el Señor Presidente de la República en uno de sus carruajes, acompañado del Señor Ministro de la Guerra y de otros Oficiales de alta graduación. Escoltaban al primer Magistrado de la Nación, su Estado Mayor y un piquete de la Gendarmaría del Ejército.

Llamaron la atención veinticuatro de las ametralladoras que adquirió últimamente la Secretaría de Guerra, que están montadas sobre cureñas de bronce y carecen de avantrenes.

Bajóse del carruaje el Sr. General Díaz para examinar las cajas del parque de esos nuevos instrumentos de guerra, las cuales son muy pequeñas y están guarnecidas de planchuelas de latón amarillo con cerraduras automáticas.

Continuó recorriendo la línea hasta llegar al sitio donde terminaba para regresar por la misma calzada, colocándose luego á la entrada del Paseo para presenciar el desfile de la tropa.

Este comenzó á las diez y cuarto y duró 45 minutos. Pasaron revista 84 piezas de artillería ligera, de montaña y de batalla, un número igual de carros de parque y 24 ametralladoras.

La columna se dividió en la esquina de la Calle Nueva y Avenida Juárez, para regresar los trenes y batallones á sus respectivos cuarteles.

El carruaje presidencial, seguido de las escoltas y dando vuelta por las calles de Iturbide, recorrió las de Alconedo, Nuevo México, Rebeldes y Zuleta, lle-

gando el General Díaz á su residencia de Cadena, á las once en punto.

Se ha visto que el cuerpo de Artillería cuenta con



EL SEÑOR PRESIDENTE EXAMINANDO LAS AMETRALLADORAS—(Del natural.)

los principales elementos modernos, siendo su organización y equipo dignos de elogio. Los soldados manobran con habilidad y hay muchos que son hábiles tiradores.

El señor Presidente parece haber quedado muy satisfecho del éxito de la revista.

CUENTOS DEL PORVENIR.

El periodismo en la antigüedad

Es en verdad muy interesante encontrar cada día en el relato de viejos acontecimientos nuevas enseñanzas de alguna importancia. Pero nunca se maravillaría uno bastante de los recursos por medio de los cuales se intentaba llegar á este fin en tiempos pasados y sobre cuyos recursos se nos dan detalles muy interesantes. De ellos reproducimos los que nos parecen más esenciales, pero sin poder adornar el cuento con ese sabor especial, esas reflexiones inesperadas, esas anécdotas acertadísimas con que el bisabuelo sabía esmaltar sus discursos.

A falta de la forma, el fondo bastará ciertamente para despertar la curiosidad, y no faltará seguramente quienes le consideren inverosímil, sin embargo de que nada hay más exacto.

Cuando la humanidad estaba todavía en la infancia, las noticias se propagaban por medio de grandes cuadros de papel que se llamaban periódicos, en lugar de que se refirieran sencillamente de viva voz con los fonogramas que ahora nos las comunican minuto por minuto. Primero las escribían con gran fuerza de pormenores, generalmente bobos; y luego, una vez escritas, obreros especiales recortaban el papel en pedacitos y recomponían de nuevo el manuscrito en caracteres movibles, para lo cual iban tomando las letras en la mano, de una en una. Esta composición servía luego para imprimir el periódico. Ya puede considerarse la pena y el tiempo que se necesitaba invertir en

un trabajo semejante hasta el extremo de que se pregunta uno qué hay más que admirar: si la rudeza primitiva de esos medios ó la habilidad con que bien ó mal se les ponía en ejecución.

Pero todo esto no es más que la parte material de la cuestión, y no puede sorprender que en una época en que no había ni ciencia ni industria, el hombre haya ensayado suplir todo esto como podía, para proveer á lo que le hacía falta.

Si se hubiera limitado á esparcir así las noticias, no tendría eso nada de extraordinario, y demostraría solamente cuán atrasada estaba la humanidad en aquellos tiempos lejanos; pero no es esto simplemente lo que sucedía, pues cada cuadrado de papel tenía un nombre y se enviaba todos los días á algunos millares de lectores que pertenecían á tal ó cual partido político; y en lugar de darles las noticias diciendo las cosas como eran, cada partido se esmeraba en interpretarlas y falsificarlas según lo que juzgaba más conforme á sus intereses. Llegaban á este fin con una cosa que llamaban artículos y los empresarios de periódicos confiaban el cuidado de confeccionar estos artículos á ciertos obreros especiales, de los que algunos habían adquirido una gran habilidad en este género de trabajo. A propósito de cualquier cosa se fingían sentimientos de una extremada violencia, se insultaba á los adversarios y se prodigaban elogios á aquellos que se quería sostener, y por estos medios infantiles, se imaginaba hacer compartir á los lectores la convicción de las apreciaciones que se aparentaba poseer, pero lo grande y lo asombroso del caso, y lo inverosímil, es que conseguían su objeto, porque tan natural y simple así es la credulidad en los cerebros que no están todavía desarrollados.

Por lo general un salvaje no leía más de un periódico, y llegaba á tomar por verdad cuanto estaba impreso en él. A veces había quienes leían varios, pero esto ocasionaba al fin tales jaquecas, que los infelices comúnmente acababan por volverse locos. Este resultado se comprende muy bien, cuando se comparan textos como los siguientes que se contraían á un mismo hecho:

"Ayer el director de Obras Públicas fué á inaugurar la nueva línea de Fouilly-les Pruniaux á Tourneville les Baudets. Por todo el camino, los honrados y valientes vecinos de la comarca, se han apresurado á hacerle una ovación entusiasta. Los gritos de «Viva el Director» no han dejado de oírse en todo el día." (Periódico A.)

"Ayer, cuando la inauguración de la línea de Fouilly á Tourneville, nuestros valientes conciudadanos de aquellas patrióticas regiones, han hecho pasar un día bien triste al Director de Trabajos públicos (que estaría mejor en trabajos forzados) pues á los gritos de *Viejo foragido*, le arrojaban papas cocidas por todo el camino." (Periódico B.)

Los desgraciados á quienes estaba confiada la carga de hacer los artículos, eran por costumbre bastante mal pagados, pero en justificación de esto, es bueno hacer constar que no tenían instrucción ni capacidad alguna. Y no solamente á los asuntos políticos se dedicaban los artículos, sino á todo lo que podía interesar al público en aquellos tiempos, como literatura, teatros, bellas artes y ciencias, pues los pobres se atrevían á hablar de ciencias.

Sobre todo, en lo que se escribía respecto al teatro y que era una admirable colección de enormidades, podría uno sacar provecho divirtiéndose largos años. Esta clase de artículos parece haber constituido una especialidad, y los obreros que los fabricaban se llamaban *Críticos* y prestaban un gran servicio á los demás hombres, dispensándolos de pensar por sí mismos, lo cual generalmente les valía la celebridad. ¡Lastima que no haya sido posible descubrir el nombre individual de ninguno de estos *Críticos*, apesar de las más minuciosas investigaciones!

La acción del periodismo se extendía á todos los hechos de la vida privada de las personas, y como era necesario llenar todo el cuadrado de papel, se recopilaban todos los chismes, todas las faltas, todos los escándalos y estotrabajo se confiaba á unos aprendices á quienes llamaban *Reporters* y que se ejercitaban así



ESCALERA DEL GRAN TEATRO DE LA OPERA EN PARÍS

en el oficio. Cuando un personaje se encontraba puestas en celebridad por un acontecimiento cualquiera, los periódicos lo sometían á una tortura especial, que se llamaba *El suplicio de la Interview* y que consistía en mandarle una nube de pequeños *reporters* (uno ó dos por cada periódico) cada uno armado de un lápiz y de un pedazo de papel blanco. Le metían, parece, el lápiz en la boca y le obligaban á hablar; y en tanto que hablaba, los *Reporters* escribían febrilmente. Al otro día, todos los periódicos hacían, por lo general, decir al paciente lo contrario de cuanto había dicho.

Sobre los obreros fabricantes de artículos, y dándoles sus órdenes, se encontraban los empresarios ó dueños de los periódicos que eran el alma del periodismo y que alcanzaban posiciones considerables y una gran fortuna. ¡Tal era la imbecilidad universal, y tanto así se sentían felices los hombres de encontrar á su servicio ideas hechas sobre todas las cosas!

La credulidad iba tan lejos, que los empresarios de periódicos habían encontrado una gran fuente de recursos en una industria lateral que se llamaba *el anuncio*. Los vendedores de no importa qué cosa, pagaban porque se pusiera en el periódico un número de líneas concernientes á lo que vendían; y el público, buen muchacho, aunque sabía que nueve veces sobre diez lo que decía el anuncio, era una mentira abominable, se dejaba pescar con sin igual candor y hacía la fortuna del comerciante anunciador.

Aiguas veces estos anuncios tenían tal carácter, que se queda uno confundido ante el abismo de tontería y credulidad que debían presentar los cerebros.

Se ha encontrado un periódico con un llamamiento á los calvos y á los que perdían el cabello. El Doctor X, cubierto de medallas de oro, y condecorado por muchas órdenes extranjeras, prometía hacer renacer los cabellos con su agua maravillosa que valía seis francos el frasco.

Otro periódico ofrecía alicientes de dinero: *fortuna fácil y sin trabajar*, pero siempre se trataba de empezar por dar dinero antes de recibir nada. Los casamientos ricos jugaban un gran papel en esta industria. Este es un asunto sobre el cual hablaremos probablemente en uno de estos próximos días.

De pronto, no podrían enumerarse todos los anuncios por medio de los cuales se procuraba entonces en-

gañar á los hombres, despertando sus apetitos y prometiéndoles la curación de todos sus males.

Una crónica antigua refiere también que un gran número de periódicos vivía del *chantage*, pero se ha perdido el sentido de esta expresión singular. Acaso significaría que ciertos periodistas eran al mismo tiempo profesores de música vocal en establecimientos instituidos expresamente para ellos, que se llamaban *Conservatorios* y en los cuales se hacía mucho ruido, pero la explicación no puede ser exacta, porque parece que el epíteto de *Maestros Cantores*, fué aplicado más bien á personajes desprovistos de voz. Por otra parte, había una profesión que llamaban de *diputados*, la cual exigía por el contrario mucha voz para ser bien desempeñada según lo que se afirma; y como muchos *diputados* eran al mismo tiempo periodistas, de aquí puede haberse producido una confusión.

Infatigables investigadores no cesan (desplegando sin desanimarse una admirable paciencia) de trabajar en la solución de este difícil problema. A fuerza de computar textos, y de descifrar las inscripciones de monumentos en ruinas han dilucidado ya evidentemente tantas cuestiones, que no hay motivo para desesperar.

Provisionalmente, es discreto emitir la hipótesis de que la política, el periodismo y el *chantage*, constituirían industrias separadas, aunque tuvieran entre sí ciertos puntos de conexión que no pueden ser ahora precisados.

Por otra parte: basta que cualquiera de estas industrias haya prosperado, en las condiciones que acabamos de indicar, para que quede demostrado el estado de delicuescencia que presentaba la materia cerebral de los hombres primitivos.

NATALIS



El Carnaval en París

MIS IMPRESIONES

El Carnaval en París tiene dos manifestaciones grandiosas y verdaderamente mágicas: la procesión del Buey Gordo y los bailes de la Opera.

No he tenido la curiosidad de investigar que origen tradicional ni que significación simbólica tiene ese interminable desfile de carros alegóricos, de comparzas vistosas y abigarradas, de tipos de todos los pueblos de la tierra y de todas las épocas de la historia y de las divinidades imaginarias de todas las mitologías. Los Egiptólogos y Orientalistas verán tal vez en ello una continuación del culto del buey Apis, los teólogos acaso lo tomen como símbolo del sacrificio del último buey que se ha de devorar antes de las maceraciones y ayunos cuaresmales; yo solo sé que es una ceremonia característica y peculiar del pueblo francés, y acaso lo más carnavalesco que tiene el carnaval de París.

Desde el medio día comienza á acumularse á todo lo largo de los boulevares una multitud compacta, inquieta, agitada y sedienta de contemplar el solemne desfile. Organizada la procesión por los gremios obreros y especialmente por los del ramo alimenticio, cada uno de ellos, carniceros, panaderos, verduleros, fruterías, hace dibujar, construir y decorar un carro alegórico y más, menos ó nada simbólico del gremio que lo exhibe; el carro va poblado de figurantes y figurantes vestidas y ataviadas con gran lujo y con delicado gusto; la elección del personal es esmerada, ellas todas jóvenes y hermosas y ellos todos arrogantes y apuestos. El carro, ya representa una nave más ó menos fantástica, empavesada de sedas vistosas, decorada de anclas y cadenas plateadas, flotando al viento las girandolas y gallardetes multicolores y tripulada por marineras frescas, rubias, sonrosadas, encaramadas en los mástiles, recostadas en los obanques, empuñando el timón en la popa ó la bocina en el cuarto de mando, saludando con cantos, vivas y hurras, y saludadas con vitores entusiastas y aplausos atronadores.



BAILE DE MÁSCARAS EN EL GRAN TEATRO DE LA ÓPERA EN PARÍS.

Otro carro representa un ramillete de flores animadas; de entre los pétalos de encaje y los pistilos de seda y oro surgen sonrientes y agraciadas las cabecitas de ángel y chispean los ojos de hurí y un pulverizador de perfumes va dejando tras del ramillete una estela aromática y embriagadora.

De súbito aparece una fortaleza artillada; resuenan tambores y trompetas; Vauban desde lo alto de la torre da órdenes y organiza la defensa, estallan petardos que simulan disparos y responden las músicas y las voces populares entonando frenéticas la Marsellesa.

Los aprendices pintores presentan á Afrodita desnuda, palpitante, sonrosada bajo su *maillot*, surgiendo de la espuma de los mares, y los aprendices escultores á Diana Cazadora, no menos desnuda, de pié sobre la media luna, con su estrella en la frente, asestando su venablo. La emoción es indiscriptible; las dos diosas merecen serlo por su perfección plástica, como escogidas entre los mejores modelos por conocedores. A su paso triunfal chispean las miradas de los jóvenes calaveras, enrojece la nariz de los viejos verdes, y se cubren de rubor las mejillas de las señoritas púdicas y de los hombres serios.

Siguen otros y otros más, todos precedidos de maceros, circundados de mosqueteros del rey y de guardias del cardenal, seguidos de ginetes suizos ó flamencos, escoltados por caballeros cruzados ó por spahis, vistosos, ricos, elegantes, impregnados de ese buen gusto refinado y de ese genio decorativo que nadie disputa á los franceses porque nadie puede igualar, y comparables tan solo á los maravillosos desfiles que los Medicis organizaban en Florencia durante El Renacimiento.

Derepente la multitud se agita, en oleaje formidable, al son de trompetas, tambores y músicas: es el carro de la reina. Esta reina se elige entre las jóvenes más bellas del gremio de lavanderas, y suele ser de incomparable belleza. El carro viene precedido de heraldos recamados de oro, de trompeteros y timbaleros en doble y triple fila y escoltado por ginetes en briosos palafrenes lujosamente enjaezados.

Bajo un rico dosel, sobre un solio de oro, cetro en mano y diadema en la frente, aparece la reina del día, rodeada de cortesanos y damas de honor, custodiada por alabarderos, aclamada por la multitud, incensada, regado de flores su camino é impregnado de perfumes su ambiente. Brilla, impera, recibe homenajes, crea adoraciones, se allega servidumbres, para, al día siguiente volver á su pobre buhardilla, é inclinada sobre el lavadero ganarse humilde é ignorada una mezquina subsistencia.

Sin quererlo y sin conciencia de ello, los franceses en esa reina de un día, simbolizan el carácter efímero y transitorio de toda gloria y de todo triunfo.

Para encontrar un espectáculo comparable, es necesario acudir á los bailes de la Opera. Pasado el vestíbulo se llega á la maravillosa escalera, con sus cuatro ramales de mármol blanco, sus pasamanos de onix argelino, monumento el más grandioso y bello que haya acaso producido la arquitectura decorativa.

Por ella, como por una escala de Jacob, suben y bajan ángeles; pero más pintoresca que la escala bíblica ve también ascender por sus peldaños los monstruos de todas las pesadillas, las huries de todos los paraísos, los animales de todas las zonas, los héroes de todas las leyendas, los paladines de todas las historias; y animadas y multicoloras, las flores de todos los verjeles.

En el salón, espléndido y suntuoso, se ha dado cita toda la humanidad, allí cantan, bailan y se agitan al compás de una orquesta invisible y de una música arrebatadora, beduinos envueltos en sus mantos, caballeros de Calatrava revestidos de sus capas, aschanties y zulues medio desnudos, caballeros armados de punta en blanco, oficiales de todos los ejércitos, soldados de todas las naciones, figurines masculinos y femeninos de la moda universal, pierrots, arlequines, polichinelas, locuras, estudiantes con sus panderos, gallegos con sus gaitas, mariposas finamente aladas, insectos con élitros de oro; rosas, claveles y gardenias, gatos, perros monos, cotorras.... Enumeración digna de Homero.... El bullicio ensordece, la música atruena, y la luz deslumbrá y la atmósfera embriaga. Todas las formas de la sensibilidad, excitadas hasta el paroxismo conducen al delirio, á la locura, al frenesí; en aquella noche se vive un siglo, se consume una vida y para descansar de esa sacudida y reponerse de ese despilfarro de fuerza psíquica y corpórea, se necesita un año de trabajo, de sobriedad, de austeridad y de anestesia.

Tal es el carnaval en París; si he de sintetizar mis impresiones diré que es una embriaguez de háchis como no sea un sueño de Mahoma.

Dr. M. FLORES.

La Mujer instruida

La mujer instruida es la inteligente compañera de su marido: ella lo comprende, vive de sus ideas y se eleva con él por encima de los prosaicos quehaceres domésticos.

Ella un día y otro día lo sostiene en las dificultades, en las luchas numerosas á que está sujeta la existencia del hombre.

Sus consejos son preciosos y su esposo halla consolación y fortaleza en confiarle sus contratiempos, sus esperanzas y sus tristezas.

En el gobierno de la casa, la mujer instruida tiene

á su cargo la contabilidad: sabe lo que se gasta y lo que se gana y de ese modo mantiene una prudente economía.

El marido la aprécia, la idolatra y hace el elogio de su mujer á todos cuantos llegan á su casa.

A más de todo esto, hay una cosa en que resalta más el cometido de la mujer instruida: la educación de los hijos:

En los primeros años los lacta, los cuida de sus enfermedades, etc., más tarde, ella es quien les pone el libro en la mano para enseñarles á leer, y razona con ellos sobre infinidad de asuntos; puede decirse que ella es quien les suministra las *lecciones de cosas*.

Cuando llegan sus hijos á cierta edad, los sigue en sus estudios, les ayuda y los anima á continuar y á triunfar.

Una mujer instruida es un tesoro para un hombre, es un ángel para sus hijos.

Mujer, que lees estas líneas, ¿no quisieras ser como el bello tipo de que hablo? ¿no quisieras tú ser una *mujer instruida*?

RODOLFO MENÉDEZ.

EL REINO DE LAS MUJERES

Existe en la provincia rusa de Smolensko un pequeño Estado cuyo Gobierno, como el de la fantástica isla de San Balandrán, está á cargo de las mujeres.

Dicho Estado, perteneciente al Distrito de Somolensko, mide 15 *verstas* cuadradas, y comprende gran número de aldeas.

Al comenzar la primavera, la población masculina emigra en masa á las grandes ciudades del Distrito en busca de trabajo. Durante la ausencia de los hombres, que suele ser de ocho ó diez meses, las mujeres cultivan los campos, atienden á los cuidados del hogar, construyen las *isbas*, y se encargan de la gestión de los asuntos públicos.

Todavía les queda tiempo á las abandonadas mujeres para distraerse unas horas en una especie de casino, donde juegan ó charlan desde las cinco de la tarde hasta bien entrada la noche.

Cuando se aproxima la época de regresar los ausentes, organizanse grandes festejos; elaborábanse enormes cantidades de cerveza, aguardiente y *piroghi* (torta de maíz).

Llegado el día del recibimiento, las mujeres acuden al encuentro de sus esposos, padres ó hermanos, y les tributan extraordinarios honores.

La situación política y financiera del «Reino de las Mujeres,» como designan los rusos al pequeño Estado, es muy floreciente.

La emperatriz Feodorowna demuestra tal interés por la original comarca, que anualmente, se hace presentar un informe oficial acerca de su situación.



mento á solas con el ideal y con nuestro espíritu hay muchas almas de elección, cráteres de finos perfumes, nectarios de aljófares perennes y deslumbrantes, urnas de altos pensamientos. que han construido en lo íntimo de su cerebro una nivea capillita para el En sueño:

Maria Ruiz es una de esas almas.

Nacida en Hermosillo, capital de Sonora. población simpática donde los

hábitos del Cancer pronto maduran las rosas y las almas, la suya abrióse en prematura eclosión al Ideal, y desde entonces ha sido la fiel enamorada de ese rey invisible.

Para llegar á él ha tendido una escala de notas cristalinas, una escala divina como la de Jacob y como ella, excelsa.

El piano le reveló muy pronto sus secretos; abrió para ella el ánfora de sus tesoros y cuando la joven artista, adolescente aún, pudo viajar por los Estados Unidos y por el corazón del país, el aplauso salió donde quiera á su encuentro.

Acaso, esa alma *d'élite*, en sus íntimos coloquios con la Belleza eterna habrale demandado una vida menos apacible que la que le tocó en suerte: la vida que transcurre en las grandes ciudades, donde el artista halla suculento pan para su espíritu; mas quién dice que no es mejor la mansedumbre de una ciudad pequeña y familiar, donde se puede realizar el ideal de

Schopenhauer y de Simmerman: la fructífera y fecunda soledad?

No son por cierto muchas las almas que ahí nos comprenden, pero son muchas en cambio las almas que nos aman, y no vale acaso más ser amado que ser admirado? No vale acaso más que la corona de popularidad en que brillar los diamantes mas también punzan las envidias y abrasan los odios, sentir según la expresión del poeta, sobre la frente *la dicha como un beso floral?*

El Duque Job decía: "Prefiero á ser admirado, ser querido" y decía tan bien!...

No debemos demandar al arte sino la suprema dicha de sentir y la suprema dicha de admirar; de otra suerte, el divino Rey, celoso, nos dará gloria, pero nos coronará también de espinas. Cada escalón de nuestra escala de renombre, mostrará las huellas de nuestra sangre....

Y todo para qué! para que mañana el eco tardío de la justicia vaya á repercutir trágicamente en una tumba, llena de coronas que no podrán embalsamar al corazón desecho. alumbrada por la luz de un triunfo que no podrá entibiar los áridos y amarfilados huesos.....

Cuanto más vale pasar por la existencia sintiendo y amando las supremas bellezas del Ideal,

Y luego reclinarse fatigado en el hombro de nieve del olvido...

para dormir el manso sueño del cual se despierta á una vida á donde no llegan los débiles aplausos de la tierra!

Esta blanda y tranquila, y más perenne apoteosis es la que deseamos para la joven artista sonorensis y para sus hermanas, las otras vírgenes que como ella, cultivan los lirios del ensueño en apartadas villas de la fecunda nación mexicana.

Tiempo es ya, dejando momentáneamente la capital, de excursionar un poco por los Estados, y recoger en ellos, para el búcaro simpático que constituye esta galería de artistas, algunas flores opulentas. De otra suerte nuestra sección quedaría incompleta, y dejaríamos de ser justos.

En la provincia, lejos del vértigo de la metrópoli donde tantos, ¡ay! viven una vida de fiebre, deseando en vano un gironcito de soledad para estar un mo-

Fotografías nocturnas de la torre Eiffel

Reproducimos las copias de las fotografías de la torre Eiffel tomadas en la noche del 31 de Octubre último po. Mr. G. Lopeé desde una ventana de la Avenida del Trocadero. Son interesantes desde luego porque fueron tomadas largo tiempo después de la puesta del sol, y además porque hacen ver perfectamente los detalles de un rayo que cayó sobre la gran construcción de hierro

Durante esa noche, Mr. Lopeé ha estado siguiendo constantemente con el objetivo de su aparato la tempestad que estalló hacia las nueve, y pudo obtener varios *clichés* sucesivos.

En las dos últimas pruebas, (las que reproducimos) la tormenta se encontraba con relación al operador en la dirección de la torre de Eiffel, es decir, casi al sur. En el primer *cliché* reproducido se ve la imagen de varios rayos caídos sucesivamente, uno de ellos en la cima de la torre de Eiffel y que es por otra parte el único que cayó allí durante la tempestad.

En el momento en que estalló este rayo la lluvia caía en abundancia, lo que explica la anchura considerable de la imagen.

La segunda fotografía fué tomada inmediatamente después, cuando la tormenta se alejaba ya en dirección del sur: los relámpagos que culebreaban fuera del campo del objetivo iluminaban una parte del cielo, y las nubes del lado izquierdo son por esto muy visibles y están perfectamente modeladas. Aunque el punto de vista haya sido el mismo para los dos *clichés*, la imagen de la torre está mucho más precisa en el segundo porque la lluvia había cesado de caer. En los dos casos la duración de la exposición ha sido bastante corta relativamente.

Mr. G. Lopeé ha venido tomando desde hace cerca de diez años un gran número de fotografías de noche, y ha conseguido llegar á obtener *clichés* absolutamente notables. Para obtener éxito en estos casos, se necesita haber adquirido una gran costumbre á fin de poder determinar según las circunstancias el tiempo que deba durar la exposición, con vista de la intensidad de la luz y la sensibilidad de las placas que se han de emplear, pues solamente la experiencia puede determinar esta duración que varía de cinco á treinta minutos.

Esto es muy trabajoso al principio y se pierde cierto número de placas, pero al cabo de algunos ensayos se llega á juzgar con bastante precisión el tiempo de la exposición para obtener *clichés* interesantes.

Otra dificultad es la colocación, punto bastante delicado y que demanda mucha atención. Evidentemente que se puede afocar durante el día y esperar en seguida pacientemente la noche, pero este procedimiento ni siempre es posible



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN TLAXIACO AL SEÑOR GENERAL DIAZ.

ni es cómodo. Con una poca de costumbre se llega á poder afocar directamente durante la noche, sobre todo cuando se es miope que se puede ver de cerca en el aparato la imagen débilmente iluminada. Para esto se necesita emplear un vidrio lo menos opaco que sea posible, á fin de que no absorva una gran parte de la luz: de otro modo el resultado es poco satisfactorio.

Las fotografías nocturnas pueden tener utilidad fuera de su interés científico, y es de desearse que á ejemplo de Mr. Lopeé los aficionados se esfuercen en ensayar, para obtener buenos resultados en esta vía todavía tan poco explotada.

UN MONUMENTO

En Tlaxiaco, Estado de Oaxaca, acaba de celebrarse con una fiesta sencilla, imponente y conmovedora, la inauguración de un monumento erigido en el Parque Central, frente al Palacio Municipal, para perpetuar la memoria del Sr. Gral. Porfirio Diaz como héroe de la paz que forma ahora el más poderoso elemento de prosperidad de la República.

Constituye el monumento un busto en bronce del Señor Presidente, sustentado en una artística columna de mármol, como se verá en los grabados que publicamos hoy

Ante numerosa y animada concurrencia, el Jefe político descubrió el busto, entre los acordes del Himno Nacional, entusiastas vitores al General Diaz, repiques á vuelo, nutridas salvas y aplausos.

El Sr. Jefe Político hizo formal entrega del monumento, al municipio de la ciudad.

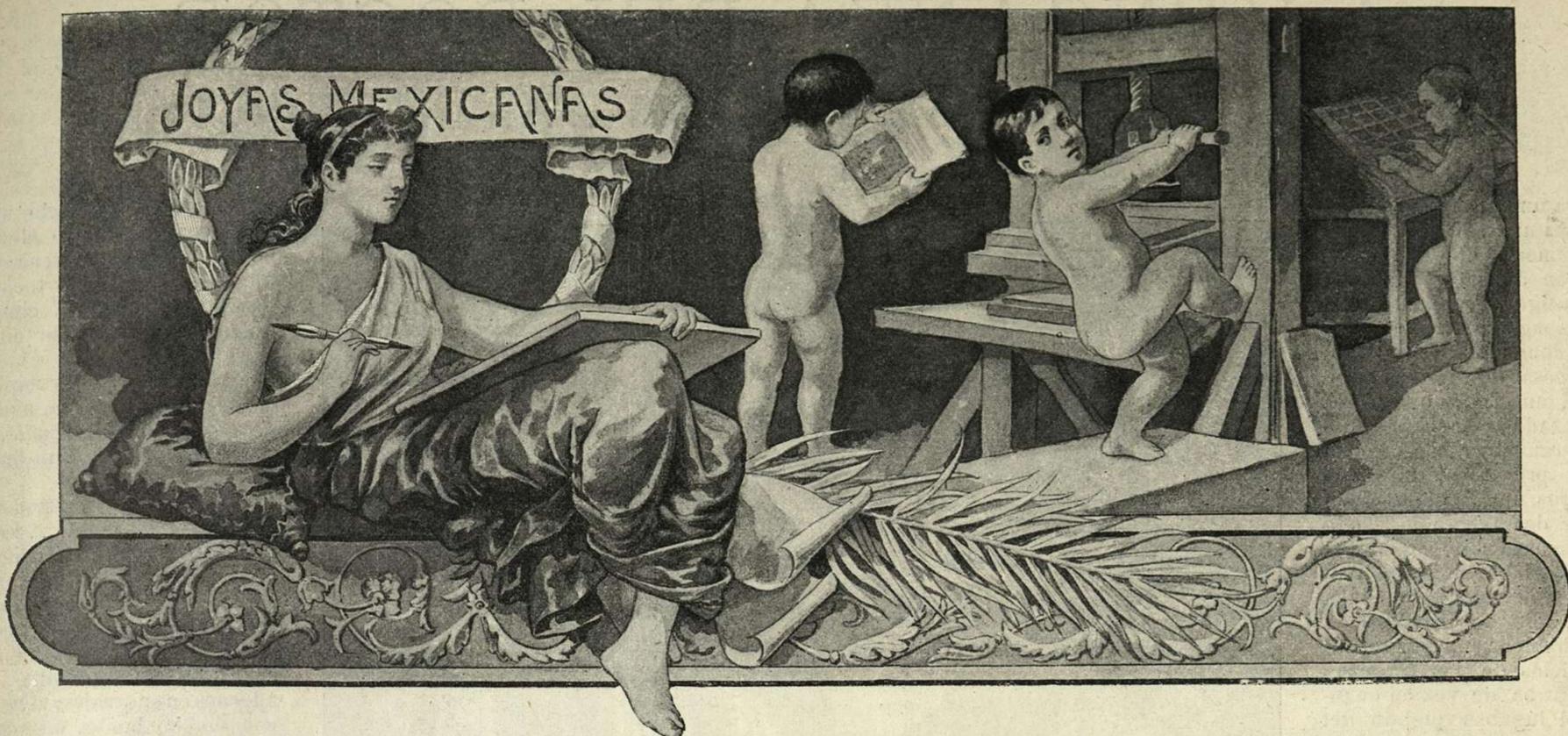
El Sr. Presidente municipal contestó manifestando su gratitud en nombre del municipio y de la población por haber satisfecho sus deseos.



MONUMENTO ERIGIDO AL GENERAL DIAZ EN TLAXIACO



FOTOGRAFÍAS NOCTURNAS DE LA TORRE EIFFEL



POR LOS MUERTOS

Brindis en un banquete de la Asociación Gregoriana.

Cesen las risas y comience el llanto!
Esta mesa en sepulcro se convierte.
¡Vivos y muertos, escuchad mi canto!

Mientras que vinos espumosos vierte
Nuestra antigua amistad en este día,
Y con alegres brindis se divierte,

Y en raudales se esparce la armonía,
Y la insaciable gula se despierta,
Y va de flor en flor la poesía;

Y el júbilo de todos se concierta
En una sola exclamación: ¡Gocemos!
Y gozamos... la muerte está á la puerta.

Rechazar unas sombras no la vemos?
¡Ellas nos tienden suplicantes manos!
Ese acento, esos rostros conocemos.

¿No los oís? Se llaman Gregorianos.
Permíteles entrar ¡oh muerte adusta!
Hé aquí su asiento. Son nuestros hermanos.

Pudo del mundo la sentencia injusta
Proscribirlos, mas no de mi memoria...
Conversar con los muertos no me asusta.

Algunos de ellos viven en la historia;
Otros, en florecer ocultamente
Cifraron su placer, su orgullo y gloria.

Villalba asoma su tranquila frente
Y el fraternal abrazo me reclama,
Y yo no puedo declararlo ausente!

Ay! En *Fonseca* ved cómo se inflama
El fraternal cariño no olvidado,
Y por nosotros lágrimas derrama.

¿Será de nuestro seno arrebatado
Domínguez, que constante nos traía
Un fiel amor y un nombre venerado?

¿No guarda nuestro oído todavía
Los brindis que en el último banquete
Pronuncian *Soto*, *Iglesias* y *García*?

Pero... ¿Será la Parca quien respete
Los votos del dolor? Empeño vano...!
¡Turba de espectros, á tus antros vete!

Separóse el hermano del hermano...
Para sentaros á la mesa, es tarde,
Para irnos con vosotros es temprano.

Para vosotros ¡infelices! no arde
Ya un solo leño en el hogar, ni miro
Cuál copa vuestros ósculos aguarde.

Solo va tras vosotros un suspiro...
Idos en paz, y quiera la fortuna
No cerrar á la luz vuestro retiro.

¡Odio al sepulcro convertido en cuna
De vil insecto ó sierpe venenosa,
Donde jamás se asoman sol ni luna!

¡Arraigue en vuestros huesos una rosa
Donde aspire perfumes el rocío
Y reine la pintada mariposa!

Escuchad sin temor el rayo impío,
Y sonreíd al contemplar cercano
Vida esparciendo un caudaloso río.

Para irnos con vosotros, es temprano...
¡Aguarde por lo menos la Impaciente
Que la copa se escape de la mano!

Más que á vosotros ¡ay! rápidamente
¿Por qué de la existencia nos desnuda?
A este despoja la adornada frente,

Al otro dobla con su mano ruda;
A unos envuelve en amarillo velo,
Y algunos sienten una garra aguda

En las entrañas, y en las venas hielo.
Ay! Otra vez vendrá la Primavera
Y hallará en nuestro hogar el llanto, el duelo...

Y este festín veremos desde afuera...
¡Tal vez alguno á despedirse vino!
¡Turba de espectros, al que parte, espera!

¿Sabéis cual es el puerto del camino
Que llevamos? La tumba... Ya naufraga
Nuestra nave... en astillas cae el pino...

¡Quién en las aguas moribundo vaga!
¡Quién á la debil tabla se confía!
Y el que á la jarcia se subió, no apaga

La luz de la esperanza todavía...!
Y conciertan sus golpes viento y olas
Y el cielo inexorable un rayo envía.

Sube el fuego á bajar las banderolas
Y el ave de rapiña, el triste caso,
Y las fieras del mar, lo saben solas.

¿Que es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en el guardan *Natura* y el *Acaso*?

Si derramado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra
Recibirá otra forma y otro empleo.

Cárcel es y no vida, la que encierra
Privaciones, lamentos y dolores.
Ido el placer, la muerte ¿á quien aterriza?

Madre *Naturaleza*! Ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanza ni temores...
¡Vuelvo á ti sin temores ni esperanza.

Ignacio Ramírez.

México, 1872.



LA VENGANZA DEL DOCTOR.

Asunto para un drama

Era una noche sombría y tempestuosa. En el cielo densamente entoldado, vibraban á cortos intervalos los latigazos violentos del relámpago con ruido sordo y prolongado.

A pesar de que solamente hacía una hora que había empezado la noche, ya no más cruzaban la calle con paso presuroso, algunos obreros que habían salido tarde de su trabajo. Toda la demás gente de la ciudad se refugiaba al lecho, cuidando de encender un buen fuego. Por los cañones de las chimeneas y por los intersticios de las puertas penetraba de vez en cuando el lúgubre quejido del viento.

Las nocturnas tempestades son imponentes y pavorosas en el campo, rugiendo entre los árboles, despeñándose de la montaña, serpeando sobre el hinchado y estruendoso río, pero no irraen al corazón una tristeza tan profunda, una melancolía tan abrumadora como en la ciudad.

Esas calles anchas y desiertas alumbradas por la luz rojiza del gas, cuyos picos luminosos sobre el fondo negro del horizonte, recuerdan los trajes que llevan en el teatro las artistas que visten de hechiceras, negros con lentejuelas de oro; esos gendarmes que se acurrucan temblando junto á las puertas cerradas de la tienda de la esquina, y algún transeunte que corre empujado por la necesidad, ó rastrea desvanecido por la embriaguez, todo, hombres y cosas predispone el ánimo á lo triste, á lo horrendo, á lo dramático.

**

Seguramente impresionados por la tristeza de la noche, y por la silenciosa soledad del Café de La Tertulia en donde llevaban largas horas de estar haciendo honor á la habilidad del cocinero, conversaban varios caballeros en el salón de fumar, después de comer. El judío Pereira, director de teatro, tan conocido por sus cuellos postizos color de marmol y sus corbatas de aspecto triunfador, estaba en pie ante la chimenea, con un vaso de curazao en la mano.

—¡La anécdota! decía: todo consiste en eso. Una pieza de teatro no es buena sino cuando su argumento se puede contar en cinco minutos. Cuando un autor viene á hablarme de una comedia á la hora de almorzar, lo interrumpo inmediatamente: ¿Podrá usted haber acabado de referirme el asunto antes de que yo me tome este huevo pasado por agua? Si no lo puede hacer, su pieza no vale nada.

Y Pereira absorbió su vaso de curazao.

—Yo no soy autor dramático, dijo el gallardo Mauricio, adjunto de legación, desde el fondo de la gran poltrona en que estaba acurracado; y sin embargo, Pereira, si usted quiere, le referiré una anécdota de la que me parece que podría sacar partido un hombre de la profesión. . . . Pero el tiempo de tomar un huevo es muy corto.

—Le concedo una tortilla, respondió el judío riendo estrepitosamente. . . . Pero las ideas de piezas que tiene la gente de salón! Desconfío de ellas, como dice el «guillotinado por persuasión.» Vamos, cuente usted.

—Bueno. La historia corrió de salón en salón, en Viena, cuando estuve yo allá. Había entonces en aquella ciudad un médico muy afamado, especialista en enfermedades del corazón; se llamaba (cambio los nombres, naturalmente, porque el asunto es trágico,) se llamaba el Doctor Arnold, apenas tenía cuarenta años de edad, y ya su clientela era magnífica. Era un hombre hermoso, muy elegante, con un rostro regular, un aspecto grave y serio, tipo austriaco, en fin. . . . pero con un par de ojos á la americana, azules y fríos como el acero, que lo hacían á uno reflexionar. Residía también en Viena una familia rusa (nombrémosla, si les parece, los Skebeloff). Esa familia llamó al Doctor para que viera á una de las señoritas de la casa, en la que el especialista reconoció, desde el primer exámen, un principio de aneurisma. Debí de ser cosa comprometedorá auscultar y tocar á la seño-



rita Mara. ¡Figúreselo usted! Aplicar el oído al seno de una linda morena de diez y nueve años, y tocarle sobre el corazón, como quien dice: «Se puede entrar?»

—Mauricio, interrumpió el dueño de la casa, nada de chistes de *Vaudeville*. . . Usted nos prometió un drama.

—Y lo tendrán ustedes, no tengan cuidado. . . . Los Skebeloff aunque recibidos en la mejor sociedad, eran, sin embargo, algo sospechosos: vivían en un hotel, y el Señor Skebeloff tenía demasiados galones, presillas y adornos en sus trajes; vivían con mucho boato, y se decía que los diamantes de la señora eran falsos. Había en la casa dos señoritas casaderas, demasiado lindas para que se pudiera hacer algo bueno de ellas; en fin: gente sospechosa. Pero el Doctor se enamoró apasio-

nadamente, y pidió la mano de la señorita Mara; la obtuvo: se casó tres meses después, y la familia Skebeloff, repentinamente aburrída de Viena, emprendió el vuelo hacia nuevos horizontes. La esposa del médico, *frau doctorin*, como dicen allá, agradó mucho á la sociedad de Viena. Eran muy interesantes los recién casados; el Doctor amaba á Mara como su esposa y como su enferma; la adoraba y la curaba. Ese cuadrillo novelesco encantaba á las alemanas sentimentales. Y la señora Arnold, cuya salud se restablecía visiblemente, se dejaba ver con frecuencia en los salones, y hasta bailaba algunas veces. . . .

—A pesar de su aneurisma?

—Sí; la joven parecía tan restablecida, que su marido le permitía, como médico, bailar algún vals; pero yo creo que, como celoso, se lo hubiera prohibido, pues el hermoso Capitán de Blasewitz, un Apolo con uniforme blanco, estaba siempre inscrito en el programa de la señora Arnold, siempre en la primera pieza, y la estrechaba muy tiernamente sobre sus cordones dorados. Reaparecía una vez más el antiguo mito de Marte y Venus. . . .

**

—Bien, dijo Pereira; ya teneis hecha vuestra exposición, Mauricio: ya vuestros personajes están cada uno en su lugar. *Encadenemos* ahora, como se dice en lenguaje de teatro: *encadenemos*.

Corriente. Un día encontró el doctor un paquete de cartas.

—¿Qué resorte tan gastado, las cartas!

—¡Pereira, usted es insoportable! Válgase usted del recurso que quiera, pero en mi historia aseguro que fueron cartas.

—Que dieron al marido la seguridad de su deshonra?

—Aparentemente.

—Y que le hicieron concebir un proyecto de venganza?

—Si usted conoce la historia, Pereira, siga usted contándola.

—Tiene usted razón. Decía, pues, Mauricio, que el marido.

—Proyectó una venganza terrible, pero posible solamente en un hombre de su profesión. Mara no estaba completamente curada, y el especialista lo sabía bien, de esa enfermedad del corazón que él había cuidado durante dos años con tanto interés y cariño. Propúsose empeorarla. Conteniendo su cólera, se limitó á representar ante su esposa el papel de un marido inquieto y desconfiado, y así hizo nacer en el ánimo de ella el temor y la angustia. Sabía, por las cartas sorprendidas, cuán profunda era la pasión insensata que experimentaban los dos amantes, y estaba seguro de que procurarían siempre verse, aún arriesgándose. Nuestro Maquiavelo doméstico se aprovechó de esas circunstancias. Desde entonces, un poder misterioso interpuso toda clase de pequeños obstáculos entre Mara y M. de Blasewitz, pero sin separarlos enteramente; ese poder les hacía faltar á las citas, interrumpía su correspondencia, turbaba y envenenaba sus amores: y en esa vida llena de emociones agudas y dolorosas, la salud de Mme. Arnold se alteró profundamente. El Doctor estaba matando á su esposa con tanta seguridad y acierto, como había usado no hacía mucho tiempo para curarla



A la hora del terror loco que da á la circulación una actividad morbífica, el habil médico hacía suceder los largos días de tristeza, que congestionan el corazón y detienen en él la sangre. Luego, repentinamente, fingía no sentir absolutamente celos, y se mostraba conmovido hasta las lágrimas con los sufrimientos de su mujer. ¿Pero qué es lo que te está pasando mi pobre Mara? le decía. Mi diagnóstico no sirve ya para nada; tienes el aspecto de una persona que se estuviese muriendo de pesar: ¿no eres dichosa conmigo? Y, al mismo tiempo que observaba con delicia diabólica los progresos del mal, crucificaba á su víctima con sus desesperaciones hipócritas. A los seis meses, los síncope eran más frecuentes, las palpitations más rápidas; habían vuelto á aparecer los síntomas más inquietantes del aneurisma. Vamos, Pereira, usted ¡no me interrumpa ahora!

—Así es: está usted ahora en su segundo acto, que es el nudo de la pieza; pero el desenlace! el desenlace!

—¡Piden el desenlace! exclamó Mauricio con el acento de un mozo de fonda que trae un plato. Hélo aquí:

* *

Una tarde entró el Doctor en la alcoba de su mujer, agitado como una tempestad.

—Señora! le dice: lo sé todo. M. de Blazewitz es vuestro amante.

La pobre Mara se puso pálida como un sudario, y en sus labios aparecieron las violetas de la muerte.

—¡Matadme! contestó.

Eso era lo que él quería.

—No pondré la mano sobre una mujer, contestó el Doctor Arnold; vuestro cómplice ha pagado por ambos. Acabo de batirme con M. de Blazewitz, y lo he matado.

Mara cayó sin sentido sobre la alfombra.

Pero el Doctor mentía: el no se hubiera atrevido á tocar un pelo al Capitán, que pasaba como el primer tirador de Viena. Arrodillóse junto á su mujer y le tomó la mano; el pulso palpitaba, todavía no había muerto. Entonces el verdugo le prestó algunas atenciones, y la reanimó.

—Vais á poneros ahora mismo un traje de baile y todos vuestros diamantes, le dijo con tono imperioso, y me acompañaréis al baile de la Embajada de Francia, á que estamos invitados.

—¡Jamás! ¡no podré, jamás!

—Os vestiréis é iremos. He dado como pretexto de mi duelo con M. de Blazewitz una disputa de juego; pero vos estáis comprometida, y es preciso

que la gente os vea á mi brazo esta noche; de lo contrario, se creería que nos hemos batido por causa vuestra, y yo quedaría deshonrado. ¡Vestíos, yo lo mando!

No había más remedio que obedecer. Cómo resistir al esposo á quien ella había ultrajado tan cruelmente? Arreglóse, pues, ¡qué agonía! y su marido la arrastró hacia el baile de la Embajada. Allí, estenuada, se tendió más bien que se sentó en el salón de entrada, donde el ujier proclamaba á cada instante, el nombre de los que iban llegando. El Doctor, de riguroso uniforme, soberbiamente ataviado con todas sus condecoraciones, estaba en pie junto del sofá que ocupaba su mujer. De repente, y después de haber dirigido la vista á la antecámara, se le acercó al oído, como para decirle una galantería, y le preguntó:

—El dolor no te ha matado, miserable?

—Todavía no, por desgracia, murmuró la infeliz.

—Pues, bien, replicó él, señalándole la puerta; mira, y muere de alegría!

En ese momento el ujier anunciaba con voz sonora:

—¡El Capitán barón de Blazewitz!

El hermoso Capitán entró con la sonrisa en los labios, y desde luego, como lo hacía siempre, buscó á su amada con la vista. Apenas la reconoció: ella acababa de levantarse de su asiento, tiesa, como impulsada por un resorte, lívida bajo sus adornos de fiesta, espantosa! Le dirigió una mirada distraída, llevó la mano á la garganta, y cayó pesadamente muerta, bien muerta en esta vez!

* *

La conmoción general fué horrible!

El Doctor se arrojó sobre el cuerpo de su mujer, lanzando gritos, y la desesperación de M. de Blazewitz habría causado escándalo, si un amigo no lo hubiese sacado de allí á viva fuerza.

Todos los convidados desaparecieron: los lacayos se comieron la cena, y la Embajadora quedó muy descontenta, pues había hecho preparar expresamente para el *cotillón* figuras grotescas, de las que esperaba un éxito magnífico.

Mauricio se calló: hubo un momento de silencio. Todos estaban estremecidos, y Pereira mismo tuvo el tacto de no salir con alguna de sus habituales majaderías.

FRANÇOIS COPPÉE.





S. M. ALFONSO XIII

Alfonso XIII y Elizabeth de Austria.

UN MATRIMONIO REAL.

Una de las más hermosas adolescencias de Europa —ha dicho alguien— es la de Alfonso XIII.

Alfonso XIII, cuenta en la actualidad doce años y muestra frecuentemente embelesadores rasgos de ingenio. Un día, dirigiéndose al Ejército, dijole con brío y desplante que lamentaba ser un niño, pues de otra suerte iría á combatir contra los rebeldes cubanos por la causa de la nación.

Poco después tuvo una violenta querrela con su augusta madre, que no le permitió ir á visitar á Sarah Bernhardt, que veraneaba cerca de él en una estación balnearia.

Los primeros retratos de Alfonso XIII, nos le muestran muy delicado y prometiendo bien poco al pueblo cuyo soberano es; pero en la actualidad está vigoroso y respira alegría y salud, á lo que contribuye sin duda su decidido amor por el *sport*.

El rey niño ha heredado mucho del carácter de sus antepasados. Nadie ignora el carácter de la vieja reina Isabel, más no todo el mundo sabe que con su curiosa idea de los convencionalismos de la vida, supo combinar el más dulce de los temperamentos y el más sutil de los ingenios.

Estas cualidades parece haberlas heredado el monarca niño, unidas á la sensatez de su madre austriaca.

Los reyes españoles pueden sentarse en el trono á la edad de quince años, de suerte que la regencia de María Cristina no se prolongará más de un trienio.

A juzgar por los sucesos actuales, que han desencadenado sobre Iberia los rayos de todas las tempestades, las iras de todas las tormentas, bien pobre y atormentada será la herencia de ese niño cuyo advenimiento está próximo; más ¿quién pretende develar las sombras del mañana! Quién sabe si ese reino cuya grandeza le impidió en un tiempo ver el caos del sol; quién sabe si ese pueblo que pasó ocho siglos forrado en la malla de su armadura, y que ha tenido el más largo aprendizaje de combate que cuentan los siglos, no abandonará mañana los molinos de viento alanceados por la pica de su Quijote y se lanzará lleno de coraje á la conquista del porvenir!

**

Las anécdotas que se refieren á Alfonso XIII son numerosas y dignas de conocerse.

Referiremos algunas:

Cuando era un niño, su aya le reprochó sus malas maneras en la mesa.

—Los reyes no deben comer con los dedos—le dijo.

—Este rey así come—le respondió sencillamente Alfonso XIII.

Su buen humor se compadece poco á las veces con la dignidad real, y no puede reprimir la aguda réplica que asoma á sus labios.

Una tarde que paseaba en landau con su aya, vinole la humorada de hablar á todos los muchachos que encontraba en el arroyo.



ELISABETH DE AUSTRIA

El aya viose obligada á decirle:

—Si Vuestra Magestad sigue portándose de esta suerte, me verá en el caso de dejarle solo.

Instantáneamente el rey indicó al cochero que se detuviese.

—La señora desea bajar, dijo.

Y no hubo remedio, el aya descendió del coche y llegó á pié al palacio.

El niño fué castigado por su madre, pero se permitió su rato de buen humor.

Otra anécdota aún, referente también á la más tierna infancia del monarca.

Es el caso que Don Antonio Cánovas del Castillo, nombró Ministro de España en Londres á un grande de España—si mal no recordamos, al duque de Medinaceli.

Antes de partir para su destino, el duque fué á palacio y llevó á su hijo, de la misma edad poco más ó menos que Alfonso, á despedirse de éste.

Los dos amiguitos pusieronse á conversar.

—Te gusta la bicicleta? preguntó el rey al duquesito.

—No, á mí me gusta más el caballo, y ahora los verá muy buenos, pues el tío Antonio ha nombrado á papá Ministro en Inglaterra.

—Si eh?—exclamó Alfonso con cierto despecho—pues no me había dado parte!

Los españoles temen que el joven rey herede de su madre, la poca afición á las corridas de toros, lo cual sería una calamidad nacional. La reina procuró evitar al niño, que viese corridas hasta donde fué posible. Jamás han dejado de parecerle bárbaras.

Pero el clamor popular pudo más que ella y Alfonso acabó por ir á los toros.

Al principio dió alaridos de terror, pero poco á poco fué serenándose y ahora asiste impassible á todas las peripecias del combate.

**

Según se ha dicho, acaba de destinársele para esposa á la Archiduquesa Elizabeth de Austria.

Esta es hija única de la princesa real Estefania de Austria y del difunto príncipe Rodolfo, hijo menor de Francisco José, y nació el año de 1883.

Su belleza es discutible; ya muestra la preeminencia, característica en su raza del labio inferior, de la cual los Hapsburgos imperiales se muestran tan orgullosos. Tiene una nariz ligeramente remangada, y un rostro punteado de pecas, pero sus facciones, aunque irregulares, respiran gracia. Ama el caballo apasionadamente, al revés de Alfonso, que á lo menos en su primera edad, según hemos dicho, prefería la bicicleta.

Producirá esta diferencia de predilecciones una discordia real?

No es probable; mas si hay quien prosiente en el futuro matrimonio, un conflicto infantil que podría degenerar en tragedia. El pequeño rey aun no ha visto á su prima y dice que no quiere verla nunca.

Cuando se le mostró su retrato, le volvió la espalda y se negó á verlo.

Reprendiolo su madre y se echó á llorar.

El no quiere una razón de Estado por esposa, sobre

todo cuando esa razón de Estado tiene pecas y nariz remangada.

Sus ensueños van por otro camino, han echado á volar prematuramente hacia el alero de un ideal y este ideal es ibero.

Alfonso está enamorado de una española.

Es ella la joven hija del duque de Tetuan, Ministro de Relaciones; esta niña, Doña Mercedes O'Donnel, llega apenas á los quince años y es un tipo de infantil belleza digno de verse. Une los encantos de la hermosura irlandesa á los de la belleza española en ideal unión. Su padre es descendiente de una de las familias más ilustres que abandonaron á Irlanda después de la subyugación de Cronwell.

En el verano, relativamente poco ceremonioso de San Sebastián, el rey y la duquesita fueron constantes compañeros de conversación y de juego. Allí surgió ese amor del cual se dieron prendas ciertas, y que hoy pone en los ojos de Alfonso lágrimas de despecho ante el anunciado matrimonio con Elizabeth.

El rey juró á la niña que no volvería á tener otra novia y que moriría antes que dejarla.

Si, diréis... "un amor de niños"... Pero acaso no son estos los grandes amores?

En España, es notorio que los amores maduran bien pronto..... como las uvas.

Naturalmente Cristina se opone á esta dilección prematura y es probable que habrá dicho á su hijo:

—Hijo querido. Para tí está ya elegida una princesa. Debes casarte con tu prima que procede de una de las dinastías más viejas y más gloriosas del mundo. Tu matrimonio te amistarás con todas las aristocracias europeas, y en asunto tan serio como éste, debes sacrificar tus sentimientos íntimos.

Y el niño rey, incapáz de comprender aún la importancia de tal razonamiento, responderá sin duda con los ojos húmedos:

—Yo quiero á la otra.

La otra por hoy, significa para él: *Ilusión!*

En la muerte de la Reina Mercedes.

Fué su hermosura su menor encanto!
De la virtud y el bien destello vivo,
Apagose cual astro fugitivo
En el profundo mar de nuestro llanto.

Solo un instante bajo el regio manto
Vivir pudo su espíritu cautivo,
Que de otro amor más grande y más activo
Oyó en el cielo el misterioso canto.

Para reinar nació, más no en la tierra
Donde combaten con tenaz porfia
Los vicios y los crímenes en guerra.

¿Qué hubiera sido aquí? Reina de un día!
Hoy, tras la tumba que su cuerpo encierra,
Ya en el trono estará que merecía!

MANUEL DEL PALACIO.

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 8

Ella sonreía sin responder como para significar, no tengo la culpa de haber sido injustamente juzgada y en el fondo estaba regocijada por este fácil triunfo.

El Marques, pensaba, se entrega. Enrique protestó la mayor gratitud por la galantería del pabelloncito, pero declaró que habiendo tomado alojamiento con Deschars, en un hotel de la calle de Rivoli, no abandonaría á su compañero de viaje. La vizcondesa lo aprobó, é hizo del joven un caluroso elogio, pues había también soñado en la aventura posible de un *flirt* sentimental.

Hablé un poco sorprendido de encontrar á Deschars en favor tan alto, rogó á Enrique que lo llevara á la comida de familia con que pensaba inaugurar ese mismo día su palacio. El Barón Oppert había prometido ir con su primo el Abate Nathaniel. Vicario de Los Angeles, este sacerdote había tomado parte quien sabe con qué carácter en las negociaciones ultimamente concluidas entre el industrial y el financiero. Extendidas ya las escrituras, estaban en vísperas de ejecución. El papelerero, lleno de misterio, conferenciaba con la vizcondesa, y ni Puymafray ni Claudia lo notaban empeñados en una discusión sobre asuntos de tocador. Acostumbrado á la sencillez de su aldea, el padrino había visto con repulsión las exageraciones de la moda, observando no sin enojo, que Claudia las aceptaba con entusiasmo, y sufría con eso tanto más cuanto que el ambiente de París, hace que las tentaciones de coquetería para las que la gracia femenil es tan apropiada, marquen como habían marcado en la niñez, rasgos provocativos de belleza subrayada. Habría querido callarse, porque la eterna predicación del buen sentido es odiosa á la juventud, y la peor de las desventajas es tener siempre razón. Pero ¿que hacer?

Con mil precauciones de lenguaje, manifestó que la juventud y la belleza se bastaban á sí mismas, y que queriendo retocarlas se las perjudicaba.

—Padrino, contestaba la niña, vea usted en las estampas de sus tiempos que los vestidos de entonces eran tan ridículos como los de ahora y eso no le desagradaba á usted porque era joven; y como yo soy joven hoy, hagáme usted la gracia de su indulgencia.

—No solo tienes mi indulgencia, sino mi cariño. Pero las estampas de que hablaste dan la imagen de los maniquies, no de las verdaderas mujeres que no gustaban de andar en figurines. El traje es un marco: anda á la Academia de Pinturas ó al Museo, y me dirás si las obras maestras estan rodeadas de adornos superfluos.

—Los hombres no saben nada de esto, se lo juro á usted.

—Y sin embargo es para ellos para quien es se visten las mujeres.

—No! dijo la señora Fourchamps, que habiendo oído la última frase de Puymafray había volado al socorro de Claudia. Sepa usted, señor Marqués, que las mujeres se visten para las mujeres, y que la opinión de un hombre en asuntos de esta clase solo tiene peso, cuando se trata de un sastre ó de un pintor.

—Así debe ser, señora, puesto que así lo dice usted, y por eso me atrevería á suplicar á usted me ayude á curar á Claudia de sus extravagancias.

—Ay! yo se las envidio, replicó la vizcondesa. Son cosas de su edad, y el tiempo mejor que nosotros la curará.

—Lo sé, dijo Puymafray, pero lo que me desalienta, es que nuestra juventud dedique toda su exhuberancia á las mangas, los cuellos ó las plumas de sombrero. En otro tiempo, poníamos nuestros veinte años en el corazón.

—Y todo eso, querido padrino ¿es propósito de mis mangas que tienen demasiados adornos?

—Oh sí! Hay trajes, que sirven para inspirar tonterías, como los hay que dan idea de la vida sencilla que es la de la belleza y la virtud.

—Pues bien Marqués, si el corazón ha de juzgarse por la tela de los vestidos, ¿sabe usted qué es bueno hacer? Venga usted mañana con nosotras á la casa del modisto y allí arreglará usted á su gusto las fantasías de Claudia y el modisto mismo aprovechará tal vez sus lecciones.

—Para qué?

—Hablo seriamente. Venga usted, y será el primero en ver mi traje *Bola de Nieve*, con el que me atrevo á desafiar sus críticas.

—Sí, sí, padrino, venga usted dijo Claudia. Pondremos un maniquí á su disposición, lo viste usted como quiera, y estoy segura de que retrocederá espantado ante su propia obra.

—Bueno. Afrontaré al modisto en persona.

Por la tarde á la hora convenida, el barón Oppert con el abate hizo su entrada en el saloncito del hotel en que se encontraba ya la señora Fourchamps. Algunos minutos más tarde llegaron Puymafray y Deschars.



—Y bien, dijo Claudia al joven, ¿esta usted contento de París?

—El París de esta tarde me encanta, contestó Mauricio, pero le tengo miedo al París de mañana.

—Lo creía yo á usted valiente.

—Yo también me creía, pero la verdad es que no se conoce uno bien.

—Qué es lo que le espanta?

—Lo desconocido. Esta multitud tan estruendosa, que no hace nada y que no quiere sin embargo que se la distraiga, y usted misma que no sé por qué me parece otra que en Santa Rade-gunda.

—Tiene usted razón, pues soy diferente en efecto. Esta loca alegría que espanta á usted, ejerce sobre mi espíritu una acción especial y me atrae. Mi padrino me condenaba esta mañana por tener veinte años. Creo que usted no lo hará y vendrá conmigo á la partida del placer.

—A usted, señorita. nada le negará el placer.

—Y bien ¿Conoce usted algo que valga más?

—Sí: la felicidad.

—La señora Fourchamps cita una frase del Caba-llero de Boufflers: La felicidad es el placer fijado.

—Sí. . . . Que se renueva.

—Y dónde hay de eso?

—En los que se aman.

—Si he de creer en lo que he oído decir, es muy eventual eso de encontrar uno su pareja. Entre tanto el tiempo está delante de nosotros, y yo quiero aprovecharlo divirtiéndome.

Mientras, el barón Oppert cambiaba con Puymafray las fórmulas de cortesía de una primera entrevista, porque la gloria del financiero no había empezado en París sino después de haberse ausentado el vividor.

Enrique veía delante de él á un hombre calvo, cuya faz rosada se encuadraba en una barba se-

dosa y blanca. Una boca grande y delgada, nariz burlesca y correcta, sonrisa benévola, ojos amarillos de luz fría enviando finas irradiaciones á través de los anteojos con armadura de oro, la voz dulce y afectuosa tenía ese acento de franqueza oriental de que los hombres prudentes desconfían, y bajo formas de bondad, un resto de esa obsequiosidad de los antiguos siervos, que esconde ímpetus de revancha traidora de vencidos. El sueño de tesoros que aguijonea los cerebros asiáticos, potencia inmoderada de atracción ejerciéndose sobre todo, hombres y cosas, con la ciencia innata de sacar partido de todo, una vanidad de esclavo convertido en rey, un perfecto desprecio por la humanidad y el hábito de sugetar á tarifa las almas y los cuerpos, exornado con rasgos teatrales de desinterés calculado, tal era el barón Oppert.

Lejos de renegar de su origen judío, lo ostentaba con soberbia fiereza, siendo su tema favorito la alta antigüedad de su raza. Por Moisés y Jesús hemos conquistado al mundo, repetía siempre, y parecía que se había hecho cristiano por orgullo de Cristo judío, como Pablo se hizo por cecidad ciudadano Romano. No tenía odio contra los débiles, temía solamente sus tendencias á crecer que los empujaban á la revolución; y para prevenir ese mal, invocaba el medio supremo: la fuerza, eficaz sobre todo, decía él, por sus abusos. Un mal chico para un bien grande, tal era su opinión cuando se le hablaba de las represiones violentas. Enemigo de los vencidos, yendo por movimiento natural al lado del fuerte, si llegaba á jefe alguna vez, no pensaría sino en sacar el mayor provecho de su posición. Era barón por decreto auténtico del Papa: decía *nosotros* cuando se hablaba de la nobleza, y un título eclesiástico cualquiera le parecía de superioridad indiscutible. Su hermano menor Simón, había comprado en Portugal sin consultar á nadie, un título de Conde para su padre con el fin de proveerse de antepasados, en tanto que el viejo Conde á quien habían dejado abandonado en su tugurio de Hamburgo, moría en la miseria sin sospechar su grandeza. El mundo poco afecto á meterse en averiguaciones cuando se trata de los ricos, contaba los millones de Oppert y no se preocupaba más. Recibía bien así mismo al conde Simón cuya hija había casado con un príncipe austriaco, pero la universal preferencia era en favor del barón que parecía ejercer un poder soberano. Los gobernantes reclamaban sus consejos, los pretendientes contaban con él, era la esperanza de las altas clases, y la fortaleza de los aristócratas que mezclan en su gloria las ventajas del alto ó bajo negocio, con la tradición del nacimiento.

Tal personaje no podía menos de inspirar universal respeto lo mismo que su primo el abate. Nathaniel, que representaba como la sanción suplementaria de la Iglesia á sus combinaciones financieras.

Observador Puymafray, habría notado pronto el acuerdo, en vispera de traducirse en actos, que existía entre el industrial, el eclesiástico y el financiero, pero no se ocupaba casi de eso, acaparado por la vizcondesa, que con el rabo del ojo vigilaba á Deschars.

Se llamó á comer. El barón dió el brazo á Claudia, Harlé á la vizcondesa, y los seguían el abad y el marqués. Así llegaron al comedor, cuyas paredes casi desaparecían bajo un tapiz de flores naturales. El servicio todo nuevo, la argentería y la cristalería cintilaban entre las orquídeas y las rosas, y herían á Mauricio como una ostentación de lujo que levataba entre Claudia y él una impenetrable muralla de luz florida. Todos prorumpieron en exclamaciones admirativas con que el papelerero se deleitó á su satisfacción, y describió el hotel á sus convidados sin perdonar un detalle mezclando alusiones al próximo triunfo de su génio. La vizcondesa aprovechando un instante en que el papelerero se detenía para tomar aliento, arrojó habilmente el dado sobre las desventuras del prójimo. Todas las atenciones se despertaron y la conversación tomó otro camino.

El acontecimiento del día era la respuesta dada por la señorita Luciana Preban al Sub-secretario de Estado Dumonzin.



Me gusta usted mucho, le dijo, lo confieso pero... qué le voy á hacer? Mi fortuna me crea deberes como el trono á las altezas. Nosotras no tenemos el derecho de disponer de nuestra mano y es necesario compadecernos. Qué haría yo de mis príncipes? Tal vez tenga que casarme con uno en un arrebató de fastidio.

Si fuera usted siquiera duque... su amor me haría feliz.

La millonaria que así hablaba, es de advertirse que era más fea que el miedo.

Muy divertidos comentarios se hacían en todas partes á propósito del chasco del jóven diplomático publicado por Luciana misma, que estaba secretamente preñada según se decía en público, de un Argelino mostachudo.

—No es tonta la chica, exclamó Harlé. Detesto á esos galanes que bajo el pretexto de su talento se quieren colar entre nosotros. Esos genios no son para nosotros sino lo que los tenores son para los maestros: gorjean los temas que les damos para cantar y luego creen que los aplausos son para ellos.

—Tiene usted razón, amigo mío, dijo el barón. Nosotros damos á esos artistas la materia prima, y no son sino nuestros intérpretes: pero hombre modesto, me contento con las realidades del poder y les dejo cuanta gloria quieran.

—Tal vez sea necesario no abandonárselas, contestó Harlé, pensando en sus ambiciones políticas.

—Tal vez! Nosotros utilizamos para nuestros fines los movimientos de la humanidad, y sin embargo nosotros provocamos esos movimientos. Para convencer á los hombres de que deben obedecernos y dejarse guiar, se necesita el exitante de un sentimentalismo que los oradores, los escritores y los artistas reparten á domicilio por nuestra cuenta.

La verdad en el sentido en que la entiende usted, señor marqués, no puede ser alimento más que de un pequeño número de profetas, poetas, impulsivos, que más tarde serán comprendidos. Las multitudes viven de esas verdades á medias que usted llamaría mentiras y que les son sumi-

nistradas por las clases superiores. Los que ponen en circulación y hacen vivir esos prejuicios, en que se funda con la salud pública el bien de todos y el poder de la aristocracia, deben ser largamente recompensados: prometerles y darles mucho, pues si queremos que nos sirvan debemos servirlos también. Si el Sub-Secretario Dumouzin se hubiera casado con Luciana Preban, yo no habría visto en ello sino ventajas, porque habría sido una gran lección objetiva para la juventud que viene. Su mal estuvo en que no me pidió consejo.

—Dumouzin, dijo la vizcondesa, es de mis amigos, y su aventura con Luciana, lejos de perjudicarlo, lo coloca en la clase de los que están resueltos á hacer un buen matrimonio.

—Ah! ya comprendo. Ese señor está públicamente admitido á negociar con sus encantos; y cuando la Iglesia haya santificado el negocio, se convertirá en título de honor.

—He ahí, exclamó el barón, he ahí una de esas verdades de que acabo de hablar y que no son sino para el uso de una docena de seres exquisitos. Convengo en que ante la moral divina Dumouzin no se escaparía sin reprimenda, y algunos de sus contemporáneos con él, pero los casamientos por dinero florecen con utilidad para nosotros. Este mercado es aceptable porque lo tolera la ley, y la opinión no ha de ser más severa. La sociedad ha convenido en encubrir ciertas faltas y aun en honrarlas, haciendo así posible la vida sin un gran esfuerzo de perfección que sería difícil y enojoso. Los grandes nombres se sostienen por la riqueza, y es de interés social no condenar el origen y transmisión de los bienes, sino en el límite fijado por el uso, porque no hay consideración superior á la necesidad de mantener, ante todo, el poder del dinero, en interés de los muchos pobres á quienes alimenta.

Enrique, que recordaba los millones del padre Panetier, se callaba. Harlé aprobaba calurosamente, y los postres llegaron sin que el triunfador hubiera fatigado su admiración con los esplendores de que era causa.

La conversación siguió sobre los matrimonios afortunados y el barón dijo dirigiéndose á Deschárs:

—Y usted, señor viajero, no tiene nada que decirnos sobre la manera como los paganos entienden el matrimonio? Usted podría demostrar al señor de Puymafray el inmenso progreso del cristianismo al haber elevado á Sacramento la unión conyugal. Nunca ha visto usted en Asia al marido comprar á su mujer?

—Sí señor, replicó el joven. Aquí en Europa solamente es donde he visto á las mujeres comprar maridos.

—Todos se asombraron de la frase que fué considerada de mal gusto: Claudia sobre todo, parecía sorprendida, y su irritación crecía viendo que Puymafray aprobaba resueltamente á Deschárs.

—Todo se puede interpretar de esas palabras, dijo ella con amargura. Si se contenta uno con juzgar por las apariencias, las ricas pueden casarse como todo el mundo, y usted piensa que se las solicita por su dinero. Pues bien, por algo se han de casar las mujeres: belleza, carácter millonés, lo que tengan. Luciana llevará su fortuna, el otro su gran nombre ó sus ambiciones á las cuales les falta para desarrollarse la palanca del dinero. Y he aquí que usted condena este absurdo con los nombres de *compra* y *venta*. La ley llama á eso un contrato y esa es la palabra justa. Cada uno es libre para disponer de su persona y de sus bienes como mejor le convenga.

—Eso es hablar como se debe! Dijo Harlé contentísimo.

—En efecto esa es la filosofía de la época, á la que solo una cosa insignificante le falta: el amor.

—Nadie rechaza el amor, mi querido Marqués, dijo la vizcondesa, pero, quién sabe cuando ha de llegar?

—Tal vez hay, dijo Claudia, herida por el reproche de su padrino, en lo más encrespado de los Alpes un pastor de quien soy el ideal y que sería el mío. Pero para ir á reunirme con él, cuántas ocasiones de romperme la cabeza! Y si luego no hay tal pastor?

—Ay de la juventud que duda! murmuró Puy-maufray con voz ahogada, como hablando consigo mismo.

—Ya ve usted señor Deschars, añadió la vizcondesa, que no basta tener ideales, el mundo exige además que se tenga razón.

—Oh, sí, contestó Mauricio, razón es el nombre que se da á los actos desmentidores de los sentimientos que se alardean. Pero todas estas discusiones son perfectamente ociosas, porque cuando habla el amor el más endurecido cambia de opinión: y se ama cuando se puede, y si se ama verdaderamente, rico ó pobre que uno sea todo va bien.

—Por cuánto tiempo? preguntó Claudia.

—Por poco que sea, es bastante. La vida no es muy larga.

—Eso, dijo el barón, avergüencen ustedes á los viejos Mr. Deschars ha dicho la frase que nostiene que poner de acuerdo. Sobre todas las teorías utilitarias que presidan á un matrimonio, sobre los actos exteriores, florece obscuramente en lo profundo de nosotros un yo no sé qué perfectamente puro y perfectamente bello, una necesidad de sentimiento desinteresado que tiende hacia su ideal. En los oscuros conflictos de la vida, si esas dos florecillas se encuentran, se convierten mágicamente en todo un ramo de flores. Es una eventualidad. Si no, cada cual va por su camino cumpliendo como puede con las leyes de la sociedad y acomodando las prescripciones divinas con las debilidades humanas.

—Bravo, barón! gritó alegremente la vizcondesa. No sospechaba que nos regalara usted con tanta poesía.

La raza de David es de poetas, señora, lo que no les impide ser prácticos cuando se necesita.

Terminada la comida, Puymaufrey silencioso meditaba sobre la increíble mezcla de sentimientos encontrados del financiero poeta y los estragos que el cinismo ingenuo de tales discursos podía causar en las almas jóvenes. Deschars, descontento de sí mismo y de todos, reía en falso, presa de una dolorosa tensión de los nervios.

Claudia obsequió á cada uno con flores de las que adornaban la mesa, y pasaron todos al invernadero.

—Se diría que esto es una fiesta pagana, murmuró el abad á quien le estorbaban sus flores.

—Sí, una fiesta de primavera, agregó Claudia. Pero vea usted, señor Deschars, vea usted lo que esto dura.

Y mostraba una rama de manzano cuyas flores habían caído todas en un momento, y luego la dejó caer con un gesto de melancolía.

—Es verdad, señorita, pero la rama ha florecido, y la vida consiste en dar flor, ha dicho un gran poeta.

—La vida consiste en durar.

—Entonces las rosas de trapo, estarían más vivas que sus modelos.

—Causan la ilusión y eso basta.

—No, no hay mentiras que puedan prevalecer contra la verdad.

—No se fijó usted en lo que dijo el barón hace un momento?

—Sí, pretendió mezclar la mentira y la verdad, y se previno contra las objeciones explicando que el hombre gusta de hacer la doctrina de sus actos después de consumados.

La vizcondesa había oído las últimas palabras, y comprendió que la partida había sido emprendida y que Deschars no tenía la ventaja. Sólidamente instalada en la amistad de Claudia, se le presentaba como garantía de independencia y apoyo contra las exigencias á veces imperiosas del padrino.

—Es usted, le decía, bella, inteligente y rica. El mundo le pertenece y debe usted ser libre para decidir de su porvenir. Si quiere usted sepultarse viva en un sueño en vez de reinar sobre el mundo, hágalo. Su padre de usted y su padrino no piensan igual, pero como los dos aman á usted, acabarán por someterse á sus deseos. En todo caso, cuente usted conmigo.

La hábil consejera, sin imponer sus juicios, limitaba su arte á provocar conversaciones cuyo resultado conocía.

Mientras se tomaba el café, Harlé explicaba su cascada y sus juegos de luz eléctrica, Deschars avisaba á Claudia que habían llegado las telas de la India, y que recibiría al día siguiente una caja, y la niña, pesarosa de haber aflijido á su padrino, buscaba la ocasión de desdecirse.

—No me quiere usted mal, dijo á Deschars, por las tonterías que sostuve?

—Usted no sostuvo tonterías, sino que habló como todo el mundo.

—Es lo mismo.

—Puede ser que no. Tal vez los sentimentalistas sean los equivocados.

—Usted no lo cree así.

—Y usted?

—Yo no sé lo que creo. Soy un pobre cerebro confuso; y siempre acabo por causar pena á mi padrino á quien amo, y que me ama más de lo que merezco.

—Puymaufrey conoce á usted bien y sabe que su corazón. . . .

—Ni yo me conozco á mí misma. Según el momento, pienso que tiene razón mi padrino ó los otros.

—Podría convenir dar á cada uno su parte.

—No está usted pues, sistemáticamente contra el mundo?

—No podría obrar así contra mis semejantes.

—Es que parece que mi padrino condena á todo el universo: y el atractivo del mundo al arrastrarme me aleja de él, por más que mi corazón se quede á su lado.

—A qué llama usted el atractivo del mundo?

—No lo sé. Una necesidad de vida exterior, una inclinación hácia los demás por impulsos de alegría.

—Pues bien, eso no es malo, y solo falta saber quienes son los demás.

—Los demás, son el mundo en que he vivido, vivo y viviré. Los de mi clase, para decirlo en una palabra.

—He ahí toda la cuestión. Pero hay además otra humanidad.

—San Vicente de Paul?

—No es necesario ir hasta allá. La bondad no es tan extravagante como se quiere hacer creer. Y además, el contacto con nuestros semejantes, no siempre es cuestión de dinero. La mano que se tiende no está siempre vacía cuando lleva amistad. Algo del corazón se cambia en una vida que nos sublima. Para ser amada y consolada cuando llegue la hora de sufrir, se necesita haber amado antes y consolado también.

—Amar es sufrir ha dicho mi padrino.

—Oh, sí! Pero también es conocer la más elevada felicidad. Los egoistas, por temor al sufrimiento, dejan escapar la dicha.

—Entonces en vez de acorazarse es necesario ofrecerse al dolor?

—El que se acoraza, no sufrirá acaso, pero no vivirá. La más pequeña alegría de la vida, es una gran compensación.

Toda la tarde, Claudia estuvo con una encantadora alegría y Puymaufrey feliz con sus mimos, olvidó la penosa impresión de la comida. Claudia lo llevó dulcemente á un lugar apartado, y lo besó con filial ternura.

—Perdóneme usted, padrino, dije cosas que le apenaron, pero yo no quise ocultar las ideas que me sugiere el mundo y que me inquietan por mi propio destino.

—No te pido sino que tú, seas tú, querida mía.

—Es difícil, cuando el mundo quiere que yo sea él.

No somos dos para resistir?

—Sin duda; pero usted puede hacerlo más fácilmente que yo, querido padrino, porque usted todo lo sabe y yo todo lo quiero saber. Por eso hay que ser indulgente conmigo. Ya notó usted que esta tarde me puse un traje muy sencillo solo por agradarle? Mañana vendrá usted conmigo á la casa del modisto y dará usted su aprobación á los trajes que quiera usted para mí.

—Prometido!

—Ah! una idea; mañana temprano debo recibir las telas que me trajo de la India el señor Deschars. Si las mando á la calle de la Paz, le invitaremos á la apertura, y eso será magnífico verdad?

—Le dará mucho gusto.

—Convenido. Venga usted á las cuatro y traiga consigo á Deschars.

La Señora Fourchamps se despidió sabedora de que el barón y el abad tenían que hablar de negocios con Harlé, pero no se le había escapado nada de las inocentes coqueterías de Claudia y observaba á Deschars que sufría una explosión de la elocuencia del industrial bajo la mirada irónica del barón.

—Niño! pensaba, yo te daré cuerda, mucha cuerda, y girarás conforme me convenga.

Deschars y Puymaufrey siguieron á la vizcondesa en tanto que Claudia con el alma contenta se retiró á su departamento.

Los tres financieros pasaron al gran gabinete donde imperaba el Van Dick legítimo, y el abad de súbito haciendo explosión, como una arma de panoplia cargada por descuido, exclamó:

—Señores tengo noticias de Roma.

IX

Al otro día hacia las diez, el modisto Morgán recibió una gran sorpresa cuando al entrar en sus almacenes leyó un billete que tenía la anotación de urgente. Recorrió sus salones, hizo mecánicamente sus observaciones como de ordinario, y antes de satisfacer la curiosidad de la "primera," ordenó ciertos cambios en las disposiciones de la vispera.

Un acontecimiento le detuvo, la Srita. Melania no había venido y era esa su primer falta desde hacía tres años.

Es necesario averiguar qué ha pasado, dijo Morgán.

Melania era una joven rubia de veinte años, gallarda, graciosa, con ojos de antilope y la sonrisa de Margarita ante Fausto. Un día llegó con una recomendación y Morgan que la encontró suficientemente bella para hacer lucir los trajes de soiree ó de paseo, la admitió. Melania pasó al principio algunos trabajos pero luego le vino un sueldo de 500 á 600 francos.

Cuando perfeccionó sus manos á fuerza de tinturas y pomadas y aprendió mil detalles delicados, se la calificó apta para el oficio de maniquí. Y por la gracia cimbradora de su talle, por su andar airoso, por su armonía acompañada de cierto malicioso candor, obtuvo un éxito completo desde luego. Cualquier traje en ella parecía bellísimo, y marquesas y condesas confesaban que era encantadora. Morgan, inglés esceptico y frio respetaba á su encantadora dependiente que daba á su casa una nota muy especial. Por otra parte, el servicio de Melania era irreprochable y por eso se admiró el costurero de que la joven ausente no le hubiera dejado ni siquiera una excusa. Sin dejar de meditar rompió el sobre de la carta y su inmóvil fisonomía tomó tal expresión de sorpresa y estupefacción, que la Srita. Julieta en espera de una desgracia permaneció muda.

Lea usted, dijo á la primera dependiente después de un silencio.

Julieta temblando leyó:

«Querido señor Morgan:

He decidido no probarme mas trajes en la casa de usted que los que mande yo hacer, pero como no podría olvidar los servicios que nos debemos el uno al otro, iré desde hoy al medio día á ayudar á usted en la elección de los modelos.

Soy de usted afectísima,

Melania.

P. D. Es posible que me deba usted algo, y si así fuere, hágame usted la gracia de distribuirlo en mi nombre entre las chicas del taller.»

Y bien ¿qué piensa usted de eso? preguntó Morgan sombrío.

Que nada se puede creer, lo mismo que cuando se metió á monja Blanca, nuestra antigua compañera.

No se trata de ella, dijo impaciente Morgan. Es un poco más hipócrita que las otras, y eso es todo. Lo que es inconcebible, es el aplomo con que me anuncia Melania que vendrá hoy mismo á hacer sus encargos.

Y si es una chanza?

—Cuando estas mosquitas muertas empiezan, son capaces de las mayores extravagancias. En fin, si viene la liquidará usted y luego la pondrá á la puerta con todas las consideraciones debidas.

Y esto dicho, Morgan se retiró gravemente á su gabinete.

—He aquí un tipo que no reemplazaré, pensaba. Era una especialidad, un refinamiento parisiense que se me evapora. Será necesario encontrar otra.

Derrepente, rápido como el rayo, un rumor atravesó los salones. Era que Melania llegó. Para este rasgo de audacia se necesitaba un raro espíritu de venganza ó una protección superior. Melania entraría? Era lo que se discutía de grupo en grupo. Morgan apareció y su sola presencia restableció el orden un momento comprometido.

Continuará.

MEDIO DIA.

Deslumbra el sol en la mitad del cielo;
Mares de luz desde el zenit envía,
Y ante su rayo abrasador, el hielo
Se torna en llanto en la montaña umbria.

Es hora del trabajo; en las ciudades
Recomienzan los hombres sus tareas;
Y el humo entre infinitas claridades
Brotó de las negruzcas chimeneas.

En los lagos las náyades á solas
Flotan cual sobre piélagos de llamas,
Y los peces ostentan en las olas
El oro y el azul de sus escamas.

Oyese el rudo golpe del martillo
Sobre el ascua que cruje y que sequeja;
Y en los prados la voz del caramillo
Hace dúo al balido de la oveja.

Arde la tierra; el ave se guarece
Bajo las verdes y tupidas frondas,
El trigal briula y ante el sol parece
Sordo huracán de cabelleras blondas.

Hunde el gañán la deslumbrante azada
En el surco que el rojo sol caldea,
En tanto que á su frente retostada
De sus cabellos el sudor gotea.

La brisa abochornada finge amores
Y se aquieta y se esconde en los pensiles;
Se oyen besos de aromas en las flores
Y rugidos de amor en los cubiles.

Besa una flor la abeja; el delicioso
Néctar la flor le da con embeleso,
Y la abeja borracha y sin reposo
Va en busca de otra flor y de otro beso.

Es hora del calor; vagos efluvios
Enervantes, acortan las faenas;
La luz arde en los cielos en diluvios,
Y en diluvios de fuego arden las venas.

Ansias incomprensibles se desbordan
De los vírgenes senos; flotan mares
De luz en las pupilas, y se asordan
En el fondo del alma los pesares.

Bullen las savias; los retoños nuevos
Revientan en las vírgenes montañas;
Se estremecen las aves en los huevos....
Y sacuden los fetos las entrañas.

Las fieras en sus hórridas guaridas
Los músculos se oprimen temblorosas,
Y se lamen las jetas sonreídas
Y se palpan las garras espantosas.

El turbulento y plateado río
Hierva y levanta sus convulsas olas,
Y aunque azota las márgenes bravío,
Por besarlo se inclinan las corolas.

En el desierto el caminante busca
El oasis que brinda sombra y calma,
Mientras que el sol canicular chamusca
Las polvorientas hojas de la palma.

Los amantes se ocultan en la sombra
De los frondosos árboles, y luego
Se recuestan del cespéd en la alfombra,
Y hacen vibrar sus ósculos de fuego.

Cómo brillas ¡oh sol esplendoroso!
No hay una nube que tu rayo quiebre;
Tú la vida difundes ¡oh coloso!
¡Pero avanza!.... Natura tiene fiebre!

JULIO FLORES

VESPERTINA

Los labios de mi amada enmudecieron;
El sol se hundió tras los lejanos montes,
Los celajes después palidieron
Y los vahos de sombras invadieron
Los tranquilos y ténues horizontes.

Ni el ave canta ni la flor se mueve.
Las estrellas brillaron opacadas
Puntuando la sombra en radio breve,
Como flechas de luz, plumas de nieve
O perlas en la atmósfera regadas.

Y en los céfiros leves ni un ruido.
De solemne quietud hubo un momento....
Después—paloma que abandona el nido—
La luna alzóse, y su primer vagido
Sopló una fresca ráfaga de viento.

Ondas de luz, perfume y armonía
Embriagaron mi ser con embeleso,
Me envolvió la suprema poesía
Del amor, y me uní á la amada mía
En un solemne, apasionado beso.

Mi amada entonces suspiró; sus ojos
Tranquilos me me miraron con fijeza;
Me hablaron otra vez sus labios rojos,
Y dijeron: Pongámonos de hinojos;
Dios palpita en la gran Naturaleza.

JOSÉ P. PADILLA.



PIERROTINA

A UN SAUCE

¡Oh sublime enamorado de los fúnebres sitiales!
En tu tético frondaje de dolientes lozánias,
Flota el vaho mortecino de las sombras sepulcrales
Con el ritmo de alas negras de las tiernas elegías.

En la lívida penumbra que realza tu belleza,
Y cubierta bajo el solio de tus frondas solitarias,
Se levanta como virgen soñolienta la tristeza
Deshojando la guirnalda funeral de sus plegarias.

¡Oh doliente pensativo! si al doblar tu frente mustia
Riza el viento la esmeralda que tapiza tu techumbre,

Tu ramaje funerario se extremece con la angustia
Del que alienta bajo el yugo de una extraña pesadumbre

Cobijado por los pliegues del crespón de tus ensueños
Te sacuden hondas penas y secretas inquietudes,
Porque sientes en la bruma vagarosa de tus sueños
La nostalgia de las tumbas y los negros ataúdes.

¡Oh sublime enamorado de los fúnebres sitiales!
Yo también guardo en el alma mis difuntas alegrías...
Y en mis sueños flota el vaho de las sombras sepulcrales
Con el ritmo de alas negras de las tiernas elegías.

1897.

BENITO FENTANES.

PAGINAS DE LA MODA.



Sombbrero Juliette

LECTURAS PARA LAS DAMAS

LA MADRE

He aquí un rincón obscuro donde ha de haber escondido algo, el corazón humano.

Acerquémonos un momento á esta arca; pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

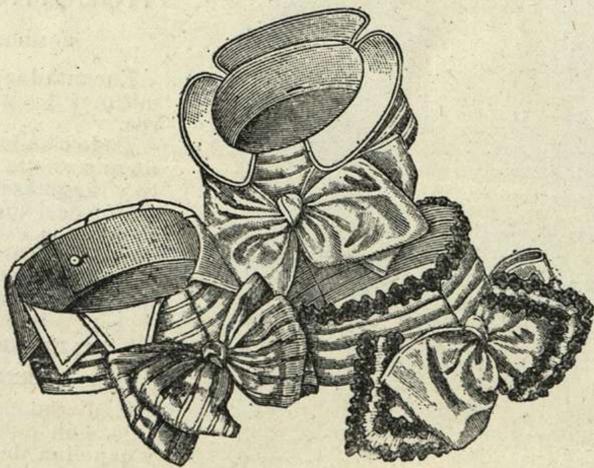
Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias» ¿Sabeis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Ved dos niños jugar alegres á la puerta de una casa: los dos tropiezan á un tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco á poco; sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.



CUELLOS PARA SEÑORAS

Ese no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, por que es señal que no tiene lágrimas.

Yo no sé como las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y, si se mueren, no sé como no se los llevan consigo.

¡Las madres! Pensadlo bien: ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre.

No le pidais á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique á su madre dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso ó al más atrevido ó al más robusto, ó al más inteligente ó al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.
Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo, donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe ni donde empieza ni donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde

Viene en este momento á mezclarse en mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera.

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas, que se juntan en un punto, forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas, y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias, y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á ese cúmulo de maravillas.

Pues bien, ante ese sabio, á quien nada se le oculta y la madre, que todo lo ignora, colocad un niño que aun no haya aprendido más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas

¡Humillante situación para el sabio!
Ninguna ciencia le ha dicho como se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Solo la madre sabe leer en ese corazón lle-



TRAJE PARA NIÑA DE 10 AÑOS. FRENTE Y ESPALDA

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.



TRAJE DE PAÑO Y TERCIOPELO PARA PASEO



TRAJE CON BLUSA

TRAJE PARA CALLE



no de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Solo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomparable sabiduría.

¿Qué es una madre?
Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores, de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

J. SELGAS.

NUESTROS GRABADOS

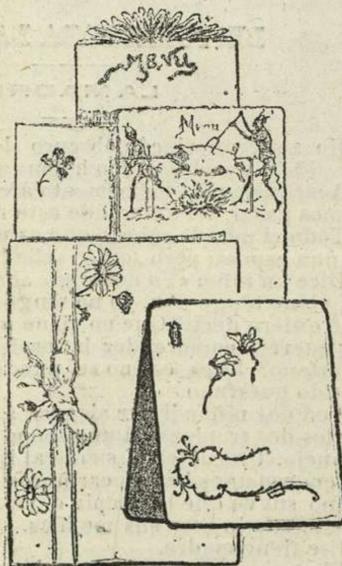
SOMBRERO JULIETTE.

Encantador modelo que nos permitimos designar á nuestras lectoras.

Todo está hecho de tul blanco que dá una vuelta en rededor de la frente y luego asciende en un inmenso chifón casi suelto. El frente está detenido por eslabones de acero oxidado con pedrería y entre el chifón y el tul inferior nacen dos elegantes penachos de plumas.

TRAJE PARA NIÑA DE 10 AÑOS FRENTE Y ESPALDA.

Es de género de lana, delgado y rojo, con cuello recto de terciopelo y capelina de lo mismo. Jockes de terciopelo también y falda cortada

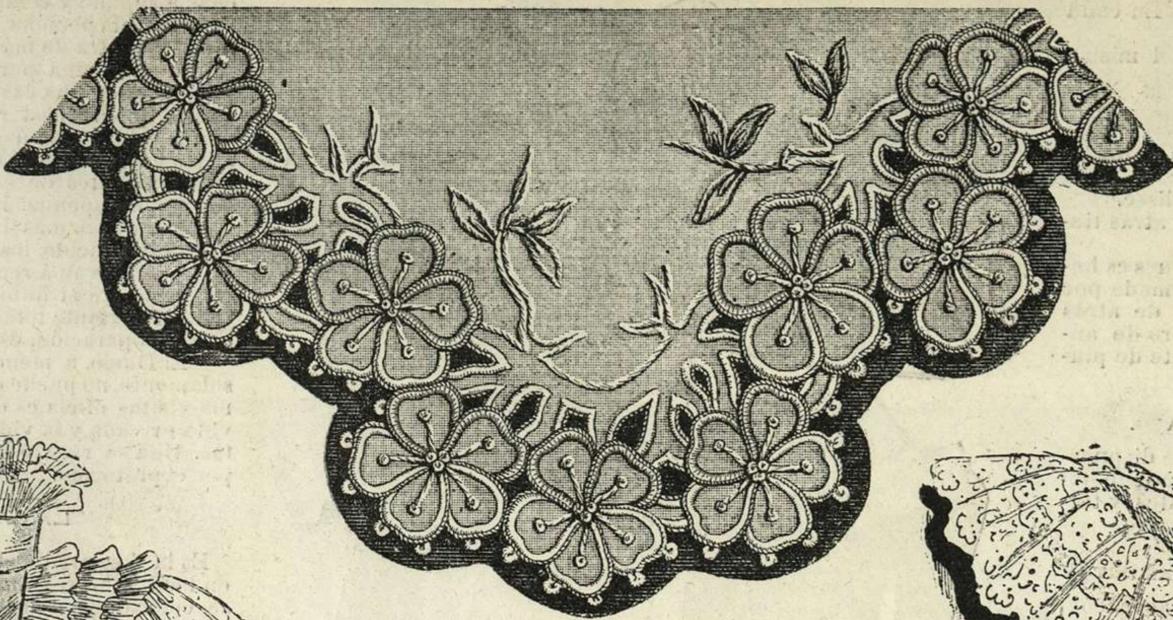


MODELOS PARA MENÚS

de una sola pieza Manga ligeramente abullonada con ribetes de terciopelo rojo y cinturón de satín claro.

TRAJE CON BLUSA

La chaqueta blusa, que representa nuestro grabado, es hecha de una tela delgada. El cuello y la pechera son de género de gaza blanca y de esta misma el cuello que lleva en la parte de atrás un moño. El rededor de la chaqueta está adornada con



CUBIERTA DE MESA

dices de muselina blanca acordeón. Peto y cuello de satín de seda negra, este último con blonda circular.

CUELLOS PARA SEÑORAS.

El nuevo cuello tiene una altura de cuatro centímetros. Se cierra por atrás y está hecho de lino blanco fino. Tiene como adornos unos picos del mismo género á los que se les puede dar diferentes formas y que dan vuelta á todo el cuello. Lleva como corbata un listón de diez centímetros de ancho, blanco con listas amarillas. En nuestro grabado verán nuestras lectoras los diferentes dibujos

MODELOS PARA MENÚS.

Ahora está muy de moda que una dama que invita á una comida, proporcione ella misma ligeros cuadritos, dibujos á tinta, acuarelas, etc., hechos en casa ó por un artista de confianza de la misma y que se conservan como un gracioso recuerdo de la reunión.

FICHU PARA GUARNICIÓN DE CORPIÑO.

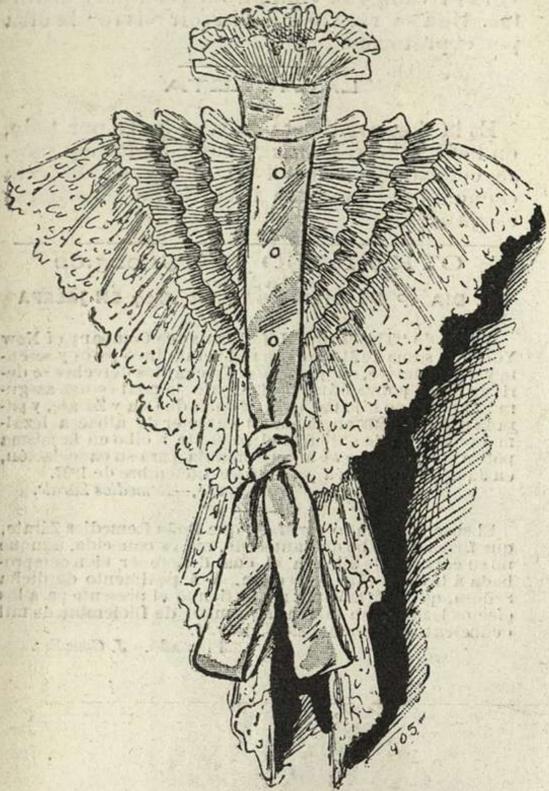
Se compone de una punta de tafetán rosa, sobre la cual hay tres plisés finísimos de muselina de seda rosa. Cuello recto de satín rosa, con collarita plisé de muselina deseda. Del cuello parte una cinta que oculta por delante la línea en que se cierra el corpiño y cae en un nudo de doble rosa. El fichú está rodeado de un volante de encaje que se termina delante en dos apéndices aconchados.

CORP NO PARA BAILE

Este corpiño que es tan elegante para baile, y que puede servir para soirée es descotado. Para este se puede emplear sáti: rosa, está adornado solamente por dos olanes plegados y plissé, que hace cabecita cada uno de estos olanes. La manga es de globo y lleva en cada hombro un bouquet de rosas artificiales

CORPIÑO PARA BAILE

Este precioso corpiño de que vamos á referirnos, es de satín. Todo el cuerpo es fruncido formando unos boullonés. La manga es de globo y en la



FICHÚ PARA GUARNICION DE CORPIÑO

un encaje blanco, y en el delantero lleva tres moños de listón y el tercero está hecho del mismo cinturón. La manga es angosta y la adornan dos esclavinas tableadas del mismo género. La falda es verdaderamente sencilla, pues solo lleva tres alforzas en la parte baja.

TRAJE PARA CALLE

La tela que se emplea para este traje tan sencillo y á la vez muy chic es de lana con cuadros. En el delantero de esta blusa tiene un tablón de entredos y éste á la vez forma cuello marino. El cinturón puede usarse de cuero ó bien de listón. La manga es angosta y solo está adornada por una esclavina del mismo género.

TRAJE DE PAÑO PARA PASEO

Es un traje maderoso oscuro, con aplicaciones de terciopelo negro. A la izquierda de la falda hay un entrepaño de terciopelo decreciente con tres presillas abotonadas por un solo botón. Jacquet de paño más obscuro, cruzado por dos grandes bandas caprichosas de paño claro, una de las cuales, la de la derecha, se pliega en suave ondulación ocultando parte de la solapa, caída y fija por tres presillas dentadas, con tres botones. El estilo de presilla repite sobre el abullonado de las mangas que continúan muy pegadas, con apén-



CORPIÑOS PARA BAILE

CAPA DE OTOMAN

parte superior del ante-codo lleva también un boullonné y á la vez este forma olán. En cada hombro tiene un moño de listón.

El tocado lleva también un moño del mismo listón, que el corpiño.

CAPA DE OTOMÁN

El abrigo á que vamos á referirnos es hecho de Otomán color gris rata.

Esta capa lleva dos esclavinas de plissé.

El cuello es hecho á la Narestuart y atrás tiene un moño de listón negro.

La capota es sencilla y elegante, pues es hecha de terciopelo y la capa está formada por unas egraittes de abalorio, saliendo de atrás unas bridas de listón de un centimetro de ancho. El frente solo tiene una egraitte de plumas negras como se ve.

GUARNICIÓN DE CORPIÑO ESCOTADO.

Compuesta de un volante de encaje dispuesto en berta y muy nutrido, que se detiene delante por un hermoso bucle de brillantes, y terminado por un doble apéndice jaboteado.

TRAJE PARA NIÑO Y VESTIDO PARA SEÑORITA

Este último es de gros gris acero acordeón, en forma de bata, muy ajustada y detenida con hermosas precillas de felpa á la izquierda naciendo ahí la solapa superior, de felpa de seda también, la cual deja solo á descubierto la parte alta de la solapa de la derecha. Cuello florentino y ribetes de mangas de la misma felpa y en la espalda dos alas de cinturón abotonadas.

El traje para niño se compone de una falda de paño belga acordeón también, con adornos de cadenita, pequeño peto con cintas transversales bordadas y jaquecito de terciopelo con amplio cuello de lino ornado de amplios volantes de muselina blanca que se repiten en las mangas.

TRAJE DE CACHEMIRA AMARILLA Y TERCIPELO PLAID.

Este traje de paño de estío claro ó doble cachemira, está graciosamente alternado por grandes aplicaciones ó relieves de terciopelo plaid,



TRAJE PARA NIÑO Y VESTIDO PARA SEÑORITA

verde y azul. Hay una inserción triangular de este terciopelo en cada lado del frente de la falda. El cuerpo forma una especie de blusa abierta sobre un peto del mismo terciopelo formando amplias aldetas cuadradas. Mangas ligeramente aglobadas en la hombrera y ajustadas en toda su extensión—con aplicación de blondas en el borde—cuello de terciopelo plaid también, y cinturón de lo mismo.

VESTIDO PARA TERTULIA ÍNTIMA

Es de Bengalina clavel y blanca, figurada. En cada lado de la falda y los correspondientes del cuerpo, hay bandas graduadas de muselina de seda blanca alternada con tafetán clavel y entre esas bandas, en la parte inferior de la falda y en la superior del cuerpo, hay intercaladas figuras romboidales de gusanillo de seda color clavel también.

El revés del cuerpo es de guipure blanco sobre seda clavel, formando graciosas aletas ribeteadas de volantes de muselina clavel pálido. Cuello y cinturón de sabinopetunia, de color. Mangas abullonadas, muy ajustadas con apéndice de muselina de seda igual á la que adorna las aletas y aplicación interior de gusanillo de terciopelo clavel igual á la que se ve en el cuerpo y en la falda.

REGLAS DE BUENA SOCIEDAD

Por imitar al príncipe de Gales, los cursis, que no llaman jamás al heredero de la corona de Inglaterra, de otro modo que "Ahis dearbf Wales (este querido de Gales) los cursis, que no abrochan enteramente su chaleco; dejan sin empleo el último botón, y encuentran esto de una "encantadora elegancia natural" Yo no critico al hijo de la reina Victoria, hace lo que quiere este amable hombre que adora á Faris; pero nuestros elegantes son tan absurdos en este caso, como cuando se dan la pena de mandar su ropa á Londres ó Viena, para hacer como el director de la moda.

Y además, si hay personalidades que creen poder valerse de lo acostumbrado, los jóvenes gomosos no tienen nada absolutamente que invocar, para no conformarse. Que cierren pues su chaleco hasta el último botón. Esta pequeña negligencia no les es del todo permitida, y el príncipe de Gales se privará de lo que yo lo felicitaré.

—Cuando un hombre encuentra en la calle á una mujer á quien hablar, (en el caso en que las conveniencias lo autorizan) no la detiene en la banquetta para platicar con ella, la deja continuar su camino después de haberla abordado, desviándose él

mismo de su ruta si es necesario, para marchar á su lado y comunicarle lo que tiene que decirle. Una persona joven obrará del mismo modo con otra de más edad del mismo sexo.

—Cuando una persona no puede hacerse presentar en una casa en que desea tener relaciones, puede bastar que le sea conocido el nombre de los dueños. A la primera visita que se les hace, se manda la tarjeta al criado, pidiéndole antes de entrar al salón la lleve á quien corresponda. Estas pequeñas idas y venidas duran más de un minuto; pero cuando se es introducido, los señores de la casa saben ya á quien van á recibir y la acogida es más calurosa que si hubieran visto avanzar hacia ella un visitante totalmente desconocido. Esta corta preparación, es pues, excelente.

—El Duelo, á menos que se remonte á días solamente, no puede dispensar en ninguna forma visitas oficiales de inferior á superior. La vida privada y la vida pública son muy distintas. Una se rige por el "savoir vivre" la otra por el protocolo.

LA VIOLETA

Es la flor predilecta hoy, se le ve por todo, en los sombreros, manguitos y en los cuerpos, se colocan en todos los trajes y su discreta esencia es el perfume favorito de las señoras elegantes.

OTRO PAGO DE \$1,025.62

de "La Mutua"
EL DIA 1º DE DICIEMBRE DE 1897 EN JALAPA

Recibi de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de \$1,025.62 un mil veinticinco pesos y sesenta y dos centavos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 814,497, bajo la cual estubo asegurado mi finado hijo Carlos H. Montes de Oca y Zárate, y para la debida constancia en mi carácter de albacea legalmente nombrada extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Jalapa, Veracruz á primero de Diciembre de 1897.

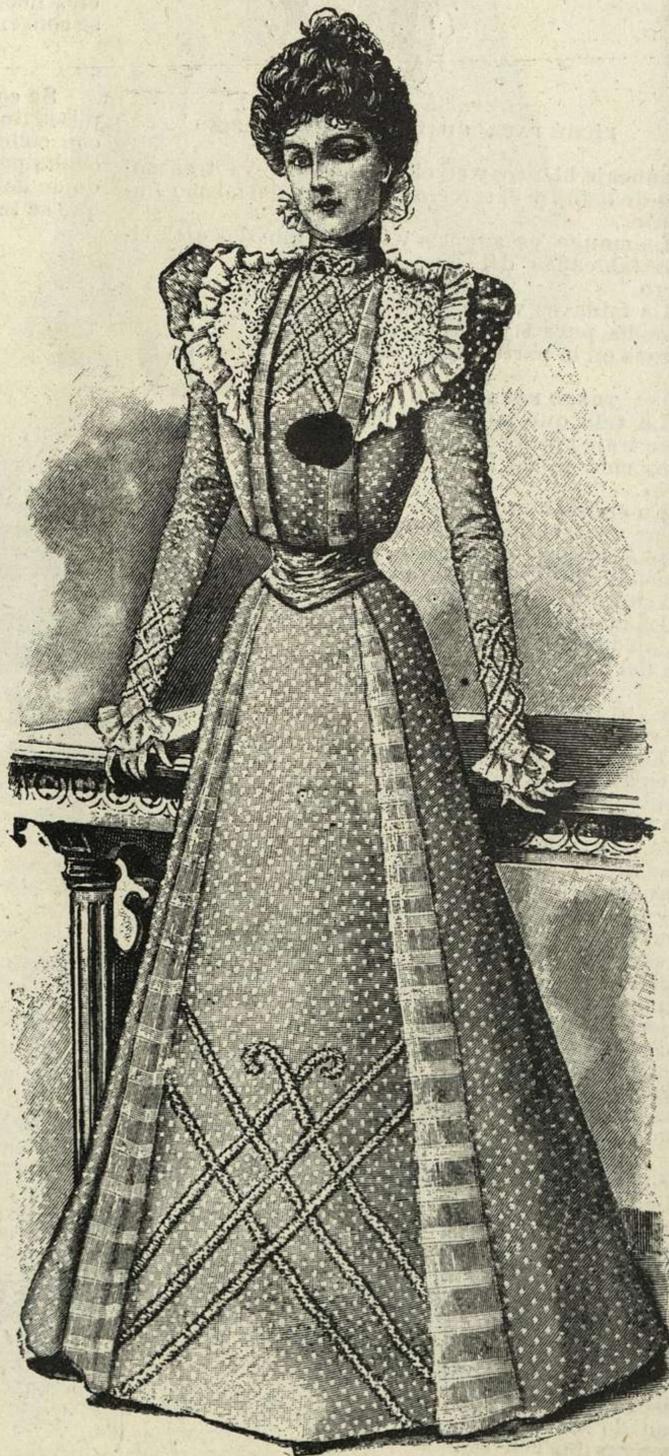
Firmado,—Remedios Zárate.

El suscrito Notario certifica; que Doña Remedios Zárate, que firma el recibo que antecede, me es conocida, aunque no su carácter de albacea, el cual dice tener bien comprobada á la Compañía respectiva. Y á pedimento de dicha Señora, quien firmó ante mí, extiendo el presente para los efectos legales, en Jalapa, á primero de Diciembre de mil ochocientos noventa y siete. Doy fé.

Firmado,—J. González.



TRAJE DE CACHEMIRA AMARILLA Y TERCIPELO PLAID



VESTIDO PARA TERTULIA INTIMA